

ABRIL CAMINO

Preston y Lisa:
el futuro presente



Serie
Hermanos Sullivan

Volumen III

Abril Camino

Preston y Lisa:
el futuro presente.

© Abril Camino
1ª edición, diciembre 2015

ISBN: B017PB8N3W

Imagen de cubierta: You Me (Flickr user).

Licencia Creative Commons.

Diseño de cubierta: Abril Camino

*A Suomi y a Dido,
con la esperanza de llegar a ser algún día como me ven sus ojos.*

Hay algo en el aire de Nueva York que hace que dormir sea inútil.
Simone de Beauvoir.

Él era rudo y romántico como la ciudad que amaba. Detrás de sus gafas de montura negra vivía el poder sexual de un felino. Esto me encanta. Nueva York era su ciudad. Y siempre lo sería.
Manhattan, Woody Allen.

*Cien veces he pensado que Nueva York es una catástrofe,
y cincuenta veces, que es una hermosa catástrofe.*
Le Corbusier.

ÍNDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV

—¿Qué voy a hacer sin ti, mi pequeña Lisa Simpson?

Lisa sonrió ante el comentario de Emily. Desde que tenían uso de razón, su mejor amiga la había torturado con el apodo de la célebre empollona de los dibujos animados amarillos. En aquella cálida tarde de primavera, sentadas en el sofá del apartamento que habían compartido durante casi siete meses, habría permitido que Emily le llamara como quisiera. Estaban celebrando una pequeña fiesta de despedida. Despedida, porque hacía ya algunos días que Emily se había mudado a vivir con su flamante novio, Travis Sullivan. Y pequeña, porque ambas se habían negado a invitar a nadie más.

Con casi una botella de vodka compartida, varias bolsas de patatas fritas de diferentes sabores a medio comer y un par de cigarrillos que Lisa guardaba para emergencias festivas, parecía que había llegado el turno de ponerse sentimental.

—¿Que qué vas a hacer? Follar como una loca con el chulazo de tu novio y acabar la carrera cuanto antes para darme un sobrino. Eso es lo que vas a hacer.

—¿No vas un poco deprisa?

—¿Yo? Te recuerdo que te has ido a vivir con él después de tres semanas de relación.

—¿Crees que me estoy equivocando? ¿O que te estoy dejando colgada?

—¡No! ¡Claro que no! A ninguna de las dos cosas. Travis es fantástico, te va a tratar como a una reina. Y yo no creo que tarde demasiado en encontrar a otra compañera de piso.

—Pero tú dejaste toda tu vida en Boston para venir aquí a vivir conmigo, y ahora yo me marcho.

—¡Deja de torturarte, Emily, por Dios! Nos vamos a ver casi a diario. No pienso permitir que Travis Sullivan te acapare, tonta.

—¿De verdad no estás molesta?

—Que noooo... Em, ¿tú sabes lo que me alegro de que hayas encontrado a un hombre que te hace feliz? ¿Es que te olvidas de todo lo que hemos pasado juntas? — La voz de Lisa se quebró un poco. El alcohol y los recuerdos eran los claros culpables.

—¿Y tú qué, Lis? ¿Cuándo vas a encontrar tú a alguien que te haga feliz?

—¡Aaaah, no! ¡Esto sí que no! No voy a aguantar un sermón en tu fiesta de despedida.

—Ya está bien de tomártelo a broma, Lisa. Tienes que dejar de disfrazarte.

—Emily... No quiero que nos peleemos en tu último día aquí.

—Ni yo. Pero no soporto ver cómo te escondes del mundo.

—No me escondo del mundo, Em, no me cabrees. Tengo un montón de amigos en la facultad, salgo con las chicas de vez en cuando... Hasta he socializado con los Sullivan, pese a que quería matar a dos de ellos hace menos de un mes.

—Tienes que buscar ayuda, Lisa. Esto ya no tiene gracia. Mírate. Por Dios santo, ¡si estás buenísima! —se burló Emily, señalando a su amiga. El aire acondicionado de su apartamento llevaba semanas estropeado, así que habían tenido que aligerarse de ropa para celebrar aquella pequeña reunión. Con un *short* blanco de algodón y una camiseta a juego atada bajo su pecho, el cuerpo de Lisa presentaba una versión que nadie más que Emily conocía. O, al menos, que nadie había visto en los últimos cinco años.

Lisa se apresuró a soltar el nudo de su camiseta, dejando que le cayera lánguida hasta las caderas, mientras emitía un sonoro bufido que habría asustado a cualquiera. A cualquiera menos a Emily, claro, que no solo la conocía lo suficiente como para saber que era inofensiva, sino que no cejaba jamás en su empeño de hacerla entrar en razón.

—¿Es que nunca vas a entender que lo último que quiero en este mundo es *estar buena*?

—Lisa, por favor. Aquello ya pasó. Han pasado cinco años, joder.

—Emily... —Lisa reunió fuerzas para hablar; los nervios se le habían quedado quedados en la garganta—. *Aquello* nunca pasará.

II

Una semana después del traslado definitivo de Emily, Lisa se encontraba ante el tablón de anuncios de la escuela de Leyes de Columbia, tratando de hacer un hueco a su cartel. Más le valía que apareciera alguien pronto o tendría que buscarse un trabajo para pagar la parte del alquiler de la que Emily se había hecho cargo hasta entonces. Sus padres se habían ofrecido a aumentar el dinero mensual que le pasaban, pero Lisa prefería solucionar el problema de la compañera de piso cuanto antes. Cuando empezó a recular para comprobar el efecto que producía su cartel en medio de aquella maraña de anuncios, sintió que su talón se clavaba con fuerza en el pie de otra persona.

—¡¡Ah, joder!! —chilló a su espalda una voz que le resultó conocida. Cuando se giró, se encontró cara a cara con Preston Sullivan, el hermano gemelo de Travis.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpó, acalorada. Ella no era alumna de aquella universidad, pero no podía evitar morirse de vergüenza tras su involuntario ataque a uno de los profesores.

—¿Laura?

—Lisa.

—¿Qué?

—Que me llamo Lisa.

—¿No eres Laura, la amiga de Emily?

—No. —Le sonrió—. Soy Lisa, la amiga de Emily.

—Vaya. Mierda, perdona. No soy muy bueno con los nombres.

—Ya veo. —Lisa señaló el pie de Preston—. ¿Te he hecho daño?

—No, qué va. No te preocupes.

—Pues gritaste como una niña.

—¿Eh? Ah... ya, ya. Es solo que me pillaste por sorpresa.

—Vale.

—¿Estudias aquí?

—No, estudio Informática en la Universidad de Nueva York^[1]. He venido a Columbia a colgar los carteles porque es la facultad más cercana al piso.

—¿Estás buscando compañero de piso?

—Compañera.

—Ah, ya.

—Si supieras de alguien interesado, ¿podrías comentárselo a Emily, por favor?

—¡Claro!

—Bueno, Peter, ya nos veremos por ahí —se despidió Lisa, guardando el resto de carteles en su maletín de cuero de forma apresurada.

—Preston.

—¿Qué?

—Que me llamo Preston —respondió él con una gran sonrisa.

—Lo siento. Yo tampoco soy muy buena con los nombres. —Le devolvió la sonrisa y se marchó por donde había venido. Ya llegaba bastante tarde a la cita para comer con Emily en el restaurante de comida orgánica favorito de su amiga.

Lisa cruzó la sección de Broadway que atraviesa el campus de Columbia a toda la velocidad que le permitía el peso de su maletín. La parte incómoda de estudiar una carrera que le apasionaba era cargar con el portátil como un apéndice más del propio cuerpo. Echó un vistazo por el enorme ventanal del restaurante y arrugó la nariz con un poco de fastidio al divisar a Travis sentado junto a Emily. Se sintió asquerosamente egoísta por un instante. Emily era su mejor amiga desde que tenía uso de razón. Había sufrido una adolescencia horrible, postrada primero en una cama, y después en una silla de ruedas. Había superado todos sus complejos y miedos —algo cuya dificultad Lisa comprendía mejor que nadie— y se había enamorado de un hombre encantador, que la trataba tan bien que ni siquiera Lisa tenía nada que objetar. Pero no podía evitar echar de menos las comidas de chicas a solas. Egoísta, sí, sin duda.

—Perdón, perdón, perdón. Llego tardísimo, lo sé. He tenido una mañana de locos.

—No te preocupes, nosotros acabamos de llegar —la disculpó Emily.

—¡Coño, *Peter!* —espetó Lisa en cuanto levantó la vista y se encontró de frente con el gemelo de Travis, del que se había despedido apenas un cuarto de hora antes.

—*Laura...*

Travis y Emily se miraron con incomprensión, justo antes de que a Lisa y a Preston les diera un pequeño ataque de risa.

—No voy a preguntar —dijo Travis, entornando los ojos hacia su hermano.

—Mejor.

||

Preston y Travis se pelearon por compartir la parte de los postres a la que renunciaron Lisa y Emily. Por mucho que las chicas hablaran maravillas de aquel restaurante tan moderno, los gemelos Sullivan seguían siendo unos buenos chicos del oeste que solo quedaban satisfechos después de comer unas cuantas libras de proteína animal. Preston se repantigó lo mejor que pudo en aquella incómoda silla de diseño y analizó de arriba abajo a Lisa. No es que estuviera interesado en ella —¡Dios lo librara!—, pero había costumbres que iban ligadas al ADN de cada uno y la de repasar a cualquier mujer que se le pusiera delante era intrínseca a él. El aspecto de la amiga de Emily era terrorífico. Era bastante alta, más que la propia Emily, pero no podría adivinarse su cuerpo ni con la visión de un superhéroe, ya que siempre lo escondía tras capas y capas de ropa deportiva. Y *ropa deportiva* no eran, ni por asomo, tops de licra y mallas ajustadas. No. Eran chándales informes y sudaderas masculinas. Llevaba el pelo, de un color indeterminado entre el marrón y el negro, más corto que el propio Preston. No prestaba especial atención a la depilación, ya que siempre tenía sobre el labio superior una sombra de vello que, incomprendiblemente, parecía ser pelirrojo. Tenía los ojos claros, verde azulados, pero jamás la había visto sin unas espantosas gafas redondas de montura metálica. Completaban el conjunto unos *brackets* metálicos que serían la pesadilla de cualquier adolescente y una cadena al cuello de la que colgaba una llave USB con forma de pingüino. Si todas las mujeres fueran así, sería sencillísimo para Preston cumplir la promesa que había hecho semanas atrás a su asesor de campaña de no volver a meterse en líos de faldas. Por desgracia, no lo eran, y él sabía que aquella promesa iba a ser muy difícil de cumplir.

—Una más y me marcho, Preston. Emily va a matarme.

—Por Dios santo, Trav, no seas calzonazos. Empiezas a parecerme a Parker...

—No digas tonterías —rebatí Travis, como si le hubiese mentado al diablo—. ¿Vas a ir a casa en las vacaciones de primavera?

—No creo. Me apetece hacer una escapada a Londres para ver a mis amigos. La vuelta a Nueva York fue tan precipitada que de algunos ni siquiera pude despedirme. Ni de algunas... —Preston sonrió, al tiempo que indicaba a la camarera con un gesto de su mano que les sirviera otras dos copas y, con una sonrisa, que estaría disponible para lo que ella dispusiera.

—No vas a cambiar nunca, ¿no?

—¡Ojalá! Me va a tocar cambiar dentro de poco. Mi asesor de campaña me obliga a portarme bien.

—Preston, ¿tú estás seguro del paso que vas a dar? ¿No sería mejor que siguieras dando clase y meterte en política dentro de unos años?

—Es que el momento es ahora. Todo el partido quiere hacer una campaña para modernizarse, sobre todo en la costa este. Y yo parezco la persona adecuada. Les gusta el hecho de que haya vivido en Europa, que tenga experiencia en derecho internacional, también una cuestión de imagen...

—O sea, que te quieren por guapito —se burló Travis.

—No es eso, listo. Es por la edad, más que nada. Quieren venderme como el futuro congresista más joven del país.

—¿Y cómo vas a llevar lo de portarte bien?

—Pues mal. Lo que peor llevaré, seguro. —Preston exhaló un suspiro resignado—. Así que tendré que aprovechar el tiempo hasta que mi cara empiece a salir en la prensa.

Travis se distrajo consultando el móvil lo que a él le parecieron cinco segundos. Suficientes para que Preston invitara a sentarse con ellos a dos amigas que debían de ser, como mínimo, modelos de *Victoria's Secret*. Cuando volvió en sí de la sorpresa, la mano de una de ellas reptaba por su muslo, dejando muy claras sus intenciones. La cara de Emily se representó en su cabeza como si se hubiese hecho corpórea allí mismo, lo que le hizo sonreír. Se levantó, le guiñó un ojo a su hermano y empezó a despedirse.

—Señoritas, las dejo en buena compañía. Yo tengo que irme.

—¡Oh! ¡Qué pena! —dijo una de ellas, con tono tan impostado que hizo que Travis deseara estar ya en el taxi.

—Mi querido hermano gemelo es un hombre emparejado. Vais a tener que conformaros conmigo. —Preston fingió un puchero. Travis puso los ojos en blanco y trató, sin éxito, de contener la risa, cuando escuchó aquella técnica tan burda, incluso para Preston.

—Adiós, Preston. Nos vemos mañana. A las ocho, ¿de acuerdo?

—¿Mañana?

—Cena en Harlem. ¿Recuerdas?

—Pues, si no me lo llegas a recordar, ni de coña... Nos vemos allí. —Chocó un puño con su hermano y, a continuación, se dirigió a sus dos compañeras de mesa—. Bueno, señoritas, ¿sabéis que tengo un piso en Brooklyn con unas vistas fantásticas de la ciudad?

Las risas de Travis aún se escuchaban mientras se subía al taxi camino del apartamento que compartía con Emily en Hell's Kitchen.

II

—Dios mío, esto está increíble, Amy —comentó Lisa, con la boca medio llena. Los tres hermanos Sullivan, junto a Emily, Amy y la propia Lisa llevaban ya más de una hora degustando las delicias de la cocina afroamericana.

—¿Verdad que sí? El restaurante es de un amigo de mi madre. Han abierto hace poco tiempo.

—¿Y tu madre trabaja aquí? —preguntó Emily.

—Sí. Ahora que Katie vive ya con nosotros de forma casi definitiva, puede permitirse los horarios.

—¿Todo listo para la boda? ¿No te has arrepentido aún de casarte con este imbécil? —se burló Preston, ganándose un puñetazo de Parker en el hombro.

—Iremos a Arizona en las vacaciones de primavera para dejarlo todo cerrado —los informó Amy, riéndose todavía de la indignación de su novio.

—Estáis completamente locos.

—Déjalos en paz, Preston. Que tú le tengas aversión al amor, no significa que ellos estén locos por casarse.

—¿Quién más opina que hay que estar mal de la cabeza para casarse antes de los veinticinco? —preguntó Preston, medio en broma, medio en serio, al tiempo que levantaba la mano para emitir su voto.

Todos se rieron, entre otras cosas porque Preston tenía, desde niño, la capacidad para reírse de todo y de todos sin que nadie se ofendiera. Solo Lisa alzó su mano también, ganándose una sonrisa radiante de Preston y un pequeño vuelco interior al ver que él le lanzaba un beso y un guiño desde el otro lado de la mesa.

La próxima boda de Parker y Amy monopolizó la conversación de las chicas, y los planes de despedida de soltero, la de los chicos, pero la cabeza de Lisa estaba muy lejos de aquella mesa. ¿Por qué le había afectado ese beso de broma de Preston? Hacía cinco años que no recibía ningún tipo de atención por parte de un hombre, y eso era justo lo que deseaba. Que nadie la mirara, que nadie se sintiera atraído por ella, pasar inadvertida. Y, ahora, ante la primera muestra de afecto, incluso en aquel tono frívolo, se estremecía por dentro.

Parker y Travis debían de estar muy interesados en la despedida de soltero para no darse cuenta de que Preston tenía la mente en otro lugar. Sabía que el coqueteo era inherente a su comportamiento, pero no tenía ningún sentido haberse puesto tonto con Lisa. Llevaban cerca de un mes coincidiendo con frecuencia, y cada vez le caía mejor aquella chica. Sus hermanos siempre habían bromeado con que era imposible que Preston tuviera una amiga, porque tardaría apenas unas horas en llevársela a la cama. Lisa parecía desafiar aquella afirmación, por mucho que Preston se avergonzara de que el motivo fuera su aspecto físico. Y, ahora, de repente, le lanzaba un beso, le guiñaba un ojo y se comportaba como si de verdad estuviera intentando acostarse con ella.

—Entonces, ¿Las Vegas? —escuchó, como a lo lejos, a su hermano Travis.

—Las Vegas. Sin duda. —Preston retomó el contacto con el mundo real, y se le hizo la boca agua al pensar en lo que Las Vegas podría ofrecerles en esa despedida de soltero.

—Por cierto, Preston, ¿te tiraste ayer a las dos rubias del bar?

—Pseeee... Un caballero no habla de esas cosas.

—O sea, que sí. —Parker se echó a reír, al tiempo que alcanzaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de su cazadora y le hacía un gesto a Preston para que lo acompañara fuera.

Hacía una noche excelente, así que salieron a la calle en manga corta. Los seis ojos femeninos siguieron cada uno de sus movimientos, desde los tatuajes de Parker tensándose sobre los músculos de sus brazos hasta las largas piernas de Preston enfundadas en unos vaqueros que le quedaban como un guante.

—Hola, chicas... Sigo aquí —protestó Travis entre risas—. ¡Emily! ¡Al menos tú, mírame a mí!

—No seas bobo, no estábamos mirándolos a ellos —se defendió su novia, apoyando, cariñosa, la cabeza sobre su hombro. Lisa y Amy ni siquiera hicieron amago de justificarse.

En la calle, Preston trataba de convencer a Parker para salir esa noche.

—No puedo. Es la primera vez que dejamos a Katie con una canguro, y quiero ver qué tal le ha ido.

—Eres todo un padre de familia —se burló Preston, encendiendo el cigarrillo que le había ofrecido su hermano.

—Sí, no te lo voy a negar. Tú puedes reírte, pero yo estoy encantado.

—Ya lo sé. Sabes que te lo digo de broma, ¿verdad?

—Claro que sí. —Parker le sonrió—. Y tú, ¿qué rollo te traes con Lisa?

—¿Yo? ¿Con Lisa? —¿Era cosa suya o su voz se había agudizado unos cuantos tonos?—. Nada, joder. Hemos coincidido un montón de veces con Travis y Emily, y me cae muy bien, pero nada más.

—¿Y esos juegucitos de *te-lanzo-un-besito, hago-bromitas-que-nadie-más-entiende* y demás?

—¡Yo no hago con ella bromas que nadie más entiende!

—¿Me das uno, *Peter*? —preguntó Lisa, saliendo en ese momento a la calle.

—No sabía que fumabas, *Laura*. —Le sonrió, cómplice— No tengo tabaco. Oficialmente, aquí solo fuma Parker.

—Sí. Preston ni fuma ni hace bromas que nadie más entiende —respondió Parker, burlón, tirándoles su paquete de cigarrillos—. Quedáoslo. Nosotros nos vamos ya, y en casa tengo vetado el tabaco.

Cuando regresaron al interior, pese a toda la insistencia de Preston, tampoco Travis y Emily parecían querer acabar la noche en algún local del centro.

—Eres mi última esperanza, Lisa. ¿Vamos a tomar una copa?

—No, estoy agotada. Me marcho a casa. ¿Alguien comparte taxi conmigo?

—Vente conmigo en metro. Tengo que llegar hasta Brooklyn, así que agradecería hacer parte del trayecto acompañado.

—De acuerdo —aceptó Lisa, mientras sus dos parejas de amigos se iban cada uno por su lado.

—¿Has encontrado ya compañera de piso? —le preguntó, mientras bajaban las escaleras de la estación de la calle 125.

—No. Ni me preguntes por el tema, empiezo a estar desesperada. Asumir un alquiler yo sola, por mucho que mis padres me echen una mano, empieza a estar muy por encima de mis posibilidades.

—Seguiré investigando si hay alguien interesado. Ya te avisaré si me entero de algo.

—Genial. Gracias.

—¿Te apetece que le eche un vistazo a tu piso por si alguien me pregunta?

—Emmmm... ¿Qué...? ¿Ahora?

—Sí, tomamos la última en tu casa, ¿te parece?

—No sé... Yo...

—Vamos, Lisa... —Preston se aproximó, dejando a un lado todo atisbo de prudencia, y le acarició la mejilla. Diablos, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero no le apetecía irse a su casa solo, y Lisa le caía realmente bien—. Lo pasaremos de maravilla.

—Preston, creo que hay algo que tienes que saber. Yo no... yo... A mí no me gustan...

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—No salgo con hombres, Preston.

—¡Ah! Vaya. Lo... lo siento.

—No pasa nada.

—Sí, si pasa. Joder, he metido la pata.

—Preston, en serio, no te preocupes. Ya está, olvidémoslo.

—De acuerdo. —Preston le sonrió, resignado, mientras ella se despedía con un beso en la mejilla y se bajaba del vagón.

Lisa aceleró el paso en el camino hacia su apartamento. Su barrio era muy seguro, así que no era el temor el motivo de su premura. Simplemente, trataba de alcanzar a su corazón, que, tras la proposición de Preston, se había acelerado y debía de llevar ya unas horas sentado en su sofá.

Emily se reía por lo bajo, sentada en aquel restaurante delante de su amiga Lisa. La veía mover la cabeza a izquierda y derecha y echar vistazos nada disimulados hacia la puerta.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lisa, cuando al fin se dio cuenta de que su mejor amiga se estaba burlando de ella.

—¿Esperas a alguien? Te veo muy pendiente de la puerta.

—¿Qué? ¡Ah! ¿Hoy comemos solas?

—Sí. ¿Decepcionada? —Emily arqueó una ceja, burlona.

—¿Yo? No. ¿Por qué iba a estarlo?

—Vamos, Lisa... ¿Desde cuándo tenemos secretos?

—¿Secretos? ¿Qué secretos? —Lisa se dio cuenta demasiado tarde de que su actitud era demasiado defensiva y de que Emily siempre había podido leer en ella como en un libro abierto.

—Secretos como que ahora, de repente, eres lesbiana y yo no me había dado cuenta en los últimos veintidós años. Por poner un ejemplo tonto, vamos.

—¿Tú de dónde te has sacado...? —empezó a preguntar, pero se interrumpió con un suspiro resignado—. Preston.

—¿Cómo se te ocurre decirle que eres lesbiana, Lisa? ¡Por Dios!

—¡Yo no le dije eso! Le dije que no salía con hombres. Si él sacó esa conclusión, es problema suyo, no mío.

—Lo que quiero yo saber es cómo llegasteis a esa conversación. Y no empieces con excusas de mierda. No me obligues a sonsacárselo a Travis. A él puedo ofrecerle sexo, así que no me resultará difícil.

—Me propuso que nos acostáramos. El sábado, después de la cena en Harlem.

—¿En serio? ¡Dios! Había escuchado que Preston era insaciable, pero no pensé que tanto.

—¿Y qué coño se supone que significa eso? —le espetó Lisa, ofendida.

—¡Eeeeh, tranquila! Pero, ¿qué diablos te pasa? Vaya humor...

—¿Por qué no podría Preston querer acostarse conmigo?

—¿Perdona? ¿Y tú desde cuándo quieres que alguien se acueste contigo?

—No es eso lo que te he preguntado. —Lisa fue consciente de la propia inconsistencia de sus argumentos—. Da igual. El caso es que no me acosté con él, y ahora él piensa que soy lesbiana. Es perfecto. Ni planificado me habría salido mejor.

—Pero te gusta.

—No.

—Te gusta, Lisa. Lo sé. Preston te encanta.

—¿Y qué si me gusta? Ni yo quiero salir con él ni él quiere salir conmigo. Fin del tema.

—Pero, Lis...

—Fin-del-tema —remarcó Lisa.

No habían tomado ni la mitad del primer plato cuando Emily volvió a la carga.

—Entonces, Preston es solo un amigo, ¿me equivoco?

—¡Dios! ¡Qué pesadilla!

—¿Es tu amigo o no?

—Sí. Supongo que sí. Nos vemos bastante y siempre nos estamos enviando mensajes con tonterías. ¿Por?

—Porque se ha hartado de Brooklyn y está buscando piso cerca del campus...

—Ajá.

—...y tú sigues teniendo una habitación libre.

Lisa meditó unos instantes su respuesta. Realmente necesitaba una compañera de piso —o un compañero, al parecer— y, a pocos meses para las vacaciones de verano, nadie en todo el campus parecía estar buscando alojamiento. Por otra parte, Preston era un buen chico, se divertían juntos e intuía que respetaría su espacio vital. Solo había una premisa para que la propuesta que acababa de hacerle Emily tuviera éxito: no debía enamorarse de él. Dependía por completo de ella, y no parecía difícil de cumplir, teniendo en cuenta que su corazón llevaba más de cinco años cerrado a cal y canto.

—Está bien. Se lo comentaré.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Pero, vamos a ver... ¿No has sido tú la que lo ha propuesto?

—Sí —respondió Emily entre risas—. Pero pensé que no ibas a aceptar ni de coña.

—Me hace falta el dinero.

—Y estás un poco enamorada de él.

—No. No lo estoy. De verdad.

—¿Ni un poco?

—Yo no me puedo enamorar.

—Sí que puedes.

—No. No puedo. Y deja el tema.

—Si pudieras...

—¡Qué pesada eres! Si pudiera enamorarme, sí, quizá estaría un poco enamorada de él.

Pagaron la cuenta entre risas y se dispusieron a volver a sus clases. Lisa acompañó a Emily hasta la puerta de su aula, pese a las protestas de esta. Las cosas podían haber cambiado mucho en los últimos meses, pero Lisa siempre se sentiría la protectora de su mejor amiga.

—Me alegro mucho, Lis... —le dijo Emily, despidiéndose de ella con un beso.

Lisa se marchó a su campus negando con la cabeza, convencida de que su amiga estaba pensando en acontecimientos que jamás ocurrirían entre Preston y ella.

IV

—¿Estás seguro de que no eres una chica, Preston? ¿Cómo puedes tener tanta ropa? —protestó Lisa, mientras le ayudaba a abrir la enésima caja.

—¿Quieres que te demuestre que no lo soy? —Preston arqueó una ceja. Solo habían pasado tres días desde que Lisa le había propuesto ocupar la habitación que Emily había dejado desocupada, y ya empezaba a incumplir lo que le había jurado a Travis: no coquetear con Lisa, no hacerle daño, respetar su espacio.

—No, gracias, creo que podré sobrevivir sin comprobarlo.

||

Las siguientes semanas pasaron entre cajas que desembalar, cervezas improvisadas y pizzas a domicilio. Preston descubrió que Lisa era una buena cocinera. Lisa descubrió que Preston prefería quedarse con ella a ver una película por las noches que seguir con su tradición de cervezas con sus antiguos compañeros de fraternidad. Lisa confesó algunos de sus más vergonzosos secretos, como su pasión por la literatura romántica inglesa y su nada original enamoramiento de Fitzwilliam Darcy. Preston le habló con pasión sobre Londres y le propuso hacer un viaje en el que él le enseñaría la ciudad. Los dos fingieron no sentir especial ilusión por ese plan que probablemente no encontrarían momento para realizar. Parker, Amy, Travis y Emily mantenían que ellos eran los más *pareja* de los seis. Preston y Lisa lo desmentían, enfadados. Lo negaban en voz alta, pero, por las noches, en la oscuridad de sus dormitorios, las cosas eran bien distintas. Lisa luchaba contra la realidad de que se estaba enamorando de él. Preston no podía luchar contra el hecho de que a ella le gustaran las mujeres. Si eso hubiera tenido solución, él habría puesto todo de su parte, ya que empezaba a asumir que aquella mujer, por poco atractiva que le pudiera parecer al principio, era la única persona con la que le apetecía pasar su tiempo.

—Bueno, ya es oficial. El miércoles de la semana que viene se publicará en prensa mi candidatura a las primarias al Congreso —anunció Preston.

—¡Hey! ¡Enhorabuena! —Lisa se colgó del cuello de Preston, y le dio un sonoro beso en la mejilla, provocando un cruce de miradas y sonrisas entre el resto de hermanos y *cuñadas* Sullivan.

—Gracias, gracias —respondió él, entre las palmadas en la espalda de los chicos y los besos de las chicas—. Parker, Amy, decidme que tenéis canguro para Katie. Quiero una última noche de desmadre antes de tener que empezar a comportarme como el perfecto yerno que toda suegra quería tener.

—¿Eres consciente de que a la gente con hijos hay que avisarla de estas cosas con algo más de diez minutos de antelación? —protestó Parker. Travis y Preston, por supuesto, pusieron los ojos en blanco y empezaron a burlarse de él.

—No te preocupes, Park. Mi madre libra esta noche, seguro que se puede quedar con ella. ¡A mí también me apetece una noche de fiesta!

—¡Y a mí! —Emily no dudó en apuntarse. En pocos minutos, se había organizado una velada que prometía diversión.

Menos de una hora después, se encontraban todos reunidos en un *rooftop*^[2] del distrito Flatiron, compartiendo una botella de *Jack Daniel's* que seguro que no sería la última de la noche. Preston coqueteaba con todas las mujeres disponibles, aunque, por primera vez en su vida, se sentía un poco fuera de lugar en ese papel.

—¿Por qué todos los chicos Sullivan sabéis bailar tan bien? —preguntó Emily, viéndolo moverse en la pista junto a una morena espectacular.

—¡Eh! Yo no. Yo solo sé mover la cabeza y poner cara de *heavy* —protestó Parker, haciéndolos reír a todos.

—Somos muchachos del interior, chicas. Pasamos la adolescencia yendo a fiestas en clubs de campo y bailando con jovencitas desvirgables.

—No seas guarro, Travis —Emily golpeó el hombro de su novio con cariño.

—¡Hey, Preston! ¡Ven a tomar algo con tus pobres hermanos comprometidos!

—¿Qué pasa? ¿Me echabais de menos? —Preston se lanzó sobre el banco acolchado de la mesa que compartían. Tardó unos segundos en darse cuenta de que, como por instinto, se había hecho hueco junto a Lisa, pese a que el espacio al otro lado era más accesible. Prefirió no pensar demasiado en ello.

—¿Te vas a tirar a la morena? —le preguntó Lisa en tono cómplice, ocultando la pequeña punzada de decepción que le produciría una respuesta positiva.

—No lo sé. ¿La quieres para ti?

—No creo. No es mi tipo. —Preston se preguntaba cuál sería su tipo. La idea de Lisa de *arreglarse* esa noche había consistido en cambiar los pantalones de chándal por unos vaqueros desgastados. Lo peor, sin duda, es que dejaban ver unas buenas piernas.

—Creo que a mi querido hermano gemelo ya no le hace gracia irse con las chicas de una en una.

—No seas bocazas, Travis. —Preston se sintió incómodo. Siempre había hablado con sus hermanos sin tapujos de lo que hacía y de lo que dejaba de hacer entre las sábanas, pero, en los últimos tiempos, se sentía violento si Lisa estaba presente.

—Ya que es tu última noche en libertad, podrías tratar de batir tu propio récord e irte a la cama con tres —lo ignoró Travis.

—¿Sabes qué, hermanito? —Preston recuperó el buen humor y le guiñó un ojo—. Para ser considerado récord, tendría que irme con cuatro.

La noche transcurrió entre risas y copas, muchas copas de más. A las cinco de la madrugada, emprendieron todos el camino de regreso a sus respectivas casas. Preston iba en el taxi callado y taciturno, sin que Lisa pudiera adivinar el motivo de su cambio de actitud. Decidió echarle la culpa al alcohol y no darle más importancia.

Preston entró en el edificio de apartamentos hecho un basilisco. El alcohol se le había subido bastante a la cabeza. No lo entendía, dado que en esa puta cabeza no parecía haber espacio para nada que no fuera Lisa. No había conseguido animarse a terminar la noche entre las piernas de alguna de las mujeres con las que había bailado, bebido o flirteado. Lo único que le apetecía era estar con Lisa, y ya no podía seguir engañándose a sí mismo diciéndose que era solo amistad lo que sentía. No soportó esperar el ascensor junto a ella y comenzó a subir los escalones a grandes zancadas. Lisa no consiguió alcanzarlo hasta que estaban ya ante la puerta de su propia casa.

—¿Qué coño te pasa, Preston? —le gritó ella, espoleada también por el alcohol.

—Nada. Déjame, Lisa. Es mejor que nos metamos en la cama y olvidemos esta noche. Cada uno en nuestra cama, claro —añadió, con un deje irónico.

—Yo pensaba que nos lo habíamos pasado bien. ¿Qué te pasa? —le preguntó de nuevo, agarrándolo con fuerza por un brazo y haciéndolo girar hacia ella.

—¿Que qué me pasa? ¡Me pasas tú! ¡Joder!

Y con esas palabras, sin importarle nada, se abalanzó sobre su boca con un ansia que no había sentido nunca antes en su vida. Quizá porque sabía que jugaba a una única oportunidad. Lisa era lesbiana, por Dios santo, a él jamás se le habría ocurrido, sin todo aquel whisky vagando libre por su organismo, besar a alguien contra su voluntad. Pero, llegados a aquel punto, apoyados contra la puerta del apartamento que compartían, ni siquiera la voluntad de Lisa parecía tener el juicio despejado. Porque Preston había recibido los suficientes besos en su vida como para saber que la mujer que tenía entre sus brazos en aquel momento no se estaba resistiendo. Al contrario, la lengua de ella buscaba la de él con casi tantas ganas como las manos de él rozaban su pecho. Enredaron cada uno las manos en el pelo del otro, juntaron sus caderas hasta casi hacer el amor con ropa de por medio y se entregaron sin reservas. Preston sintió que se quedaba sin oxígeno cuando ella posó con firmeza las palmas de sus manos sobre el pecho de él y lo empujó lejos de ella.

—Nunca en tu puta vida vuelvas a hacer algo así —le dijo, entrando en su habitación con furia y dando un portazo que tambaleó los cimientos de la isla de Manhattan.

Preston encontró a Lisa sentada en la pequeña mesa de la cocina a la mañana siguiente. Removía el azúcar de su café con leche con una cadencia rítmica, aunque sus ojeras delataban que esa noche debía de haber dormido tan poco como él.

—Buenos días —le dijo él, prudente.

—Preston, si en algún momento vuelve a pasar algo parecido a lo de anoche, tendrás que irte del apartamento.

—Lo siento muchísimo, Lisa. Por un momento... no sé, supongo que fue el alcohol... y, por un momento, olvidé que a ti no te gustan los hombres. Me siento como una auténtica mierda.

—No te preocupes. Me gusta vivir contigo. Eres un buen chico, y nos divertimos juntos. Olvidémoslo y dejemos que todo siga como hasta ahora.

Preston asintió. Se sirvió un café en una taza desechable y se marchó a su despacho a adelantar parte del trabajo de la semana. Nunca iba al campus en fin de semana, pero ese día sintió la necesidad de alejarse de Lisa. De ella, y de la pertinente sensación de que nunca había sentido con alguien una conexión similar a la que le había producido el beso de la noche anterior.

Lisa se sirvió otro café y volvió a meterse en la cama. No lograba sacarse a Preston de la cabeza y agradecía, en su interior, que él hubiera decidido pasar el día fuera. Pensó en llamar a Emily y desahogarse, como había hecho siempre que algo la atormentaba, pero sabía que su amiga echaría las campanas al vuelo y empezaría a visualizarla con un vestido de novia o algo igual de terrible. Hacia años que no necesitaba somníferos para dormir, pero esa mañana decidió hacer una excepción, se tomó uno —incongruentemente acompañado de su tercera taza de café— y se tumbó en la cama.

||

Preston había pasado cuatro días intentando cuadrar su agenda de las siguientes semanas, con todos los actos políticos de presentación de la candidatura que su asesor de campaña le había enviado por email y los trabajos que debía corregir antes de las vacaciones de primavera. A decir verdad, debería también reservar el vuelo a Londres si quería irse a pasar allí las vacaciones, pero toda su vida parecía estar en *standby* en los últimos días. Las cosas en casa parecían normales con Lisa, y nadie ajeno se habría dado cuenta de una tensión que ellos percibían por partida doble: en sí mismos y en el otro.

Cuando se dio cuenta de que su cerebro no parecía por la labor de cooperar en que aquel día fuera productivo, cogió el teléfono y llamó a la única persona que podría ayudar a solucionar su caos mental. No había nadie en el mundo con quien se hubiera peleado más veces que con Travis. Una vez, incluso, cuando tenían unos quince años, Travis le había roto un diente de un puñetazo, a lo que Preston había respondido dejándole un ojo cerrado durante días. Sonrió al recordar que sus padres, en lugar de llevarlos al médico, los habían castigado a permanecer juntos en la biblioteca del sótano, leyendo, durante una infernal tarde de verano. El motivo que había originado la pelea se les olvidó en cuanto comenzaron juntos a urdir un plan para escaparse a través de un tragaluz. Antes de marcar, apoyó el auricular del teléfono en su labio y se alegró de saber que, por muy inseguro que estuviera con respecto a su carrera política o a su relación —o falta de ella— con Lisa, había tres personas en el mundo que siempre estarían ahí para él, pasara lo que pasara. Apuntó en su agenda en letras rojas «Llamar a Mark», ya que hacía días que no sabía nada del mayor de ellos.

—¿Diga?

—Hola, Trav... ¿Puedes hablar?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—¿Estás solo en casa? ¿Puedo pasarme?

—Sí. Emily acaba de irse al gimnasio, tardará horas en volver.

—Voy para ahí.

||

—¿Whisky? —Fue todo el saludo de Travis cuando abrió la puerta de su apartamento.

—¿Tanto se nota que lo necesito?

—Bastante. ¿No deberías estar trabajando?

—La he jodido, Trav. La he jodido bien.

—Te has follado a Lisa.

—¿Qué? ¡No!

—¿Ah, no?

—Solo... solo la besé.

—¿El sábado?

—Sí. Fue... no sé, Travis... fue genial. ¡Cómo coño he podido hacerle eso!

—¿Besarla? ¡Oh, Dios santo! ¿No has pensado en entregarte a las autoridades? —ironizó Travis.

—No estoy para bromas. ¿Te imaginas que a ti te besara un tío? Imagina que tienes un amigo gay, que sabe que eres hetero, y una noche de borrachera se pone gilipollas y te come el morro. ¿No le partirías la cara?

—Probablemente.

—Lisa es lesbiana, joder. Y yo me comporté como un puto salido.

—Lisa no es lesbiana —confesó Travis. Estaba harto de encubrir aquella mentira *piadosa* de la mejor amiga de su novia. En una noche de confesiones de pareja, había conseguido arrancarle a Emily los motivos por los que Lisa se comportaba así, y solo la pena que le había dado la triste historia de Lisa había hecho que mantuviera aquel secreto. Pero era Preston quien estaba ahora hecho polvo delante de él, y su orden de prioridades estaba muy claro.

—¿Cómo dices?

—No te puedo contar nada, Preston. Y te juro que me jode mucho tener que decirte esto, pero es algo que tendrás que conseguir que Lisa te cuente. Tú malinterpretaste un comentario suyo, y ella permitió que creyeras que es lesbiana. Le ocurrió algo y... bueno, no quiero hablar de más, pero quiere mantener a los hombres alejados. Pero no es lesbiana. Simplemente, no sale con nadie.

—Me largo. —Preston dejó su vaso con furia sobre la mesa de centro del salón de su hermano y se dirigió hacia la puerta.

—Espera un momento. No hagas ninguna tontería —le pidió Travis, agarrándolo con fuerza.

—Estoy muy cabreado, tengo que ir a casa.

—¡Para, Preston! Cálmate antes de hablar con ella.

—No. Va a tener que oír todo lo que tengo que decirle. Llevo toda la semana sintiéndome como una mierda por haberla besado contra su voluntad. ¡Joder! Ahora entiendo su respuesta al beso... ¡Se lo estaba pasando de puta madre!

—Preston... ¿Qué coño te pasa con esa chica?

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo con Lisa? ¿Por qué te fuiste el sábado con ella en vez de buscarte alguna presa fácil con la que pasar la noche?

—Me... me gusta, Trav. —La expresión inocente de Preston y su encogimiento de hombros hizo que a Travis se le dibujara una sonrisa. No hacía mucho que él se había sentido así de perdido cuando creyó que Emily se le había escapado de las manos para siempre.

—Pero ella... no es tu tipo, Preston.

—Ya lo sé. —A Preston le dio la risa—. ¿Crees que no me doy cuenta? A veces, la miro, con sus gafas pasadas de moda, su ropa espantosa...

—...y te gusta, de todos modos. Quizá más que nunca —Travis acabó la frase por él, asintiendo, comprensivo.

—Sí. Supongo que sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque el día que vi a Emily acercarse a mí arrastrando un bastón supe que me gustaba muchísimo más que cuando me parecía la mujer perfecta en el gimnasio.

—Joder.

—Sí. Joder.

—Deberíamos pelearnos a puñetazos o algo así para olvidar este ataque de sentimentalismo que nos acaba de entrar —bromeó Preston.

—O deberías irte a casa y arreglar las cosas con Lisa.

—Sí, va a ser lo mejor. —Preston se levantó y, con la elegancia innata de los Sullivan, planchó con las manos su pantalón azul marino—. Pero sigo muy cabreado con ella.

Lisa sintió un pinchazo en el corazón cuando oyó abrirse la puerta de entrada. Llevaba toda la semana fingiendo que nada había ocurrido el sábado anterior, pero, en el fondo de su alma, temía que, un día, él llegara al piso con la noticia de que se marchaba.

Desde la silla de la cocina en la que llevaba un par de horas trabajando, lo vio entrar en el apartamento, desabrochar los dos primeros botones de su camisa de rayas, acercarse a la nevera y coger una cerveza. Estaba serio y circunspecto, pero, en un ademán mudo, le ofreció otra a ella. Lisa negó con la cabeza. Tenía tal nudo en la garganta que la cerveza no encontraría un hueco por el que descender hacia su estómago. Preston apoyó un hombro en el quicio de la puerta, relajó la postura —que no el gesto—, y flexionó ligeramente su pierna izquierda sobre la derecha. En todo el tiempo que duró aquel ceremonial, no apartó sus ojos de los de Lisa ni por un instante.

—Lo sé —dijo, al fin.

—¿Lo sabes? ¿Qué... qué sabes? —titubeó ella.

—No eres lesbiana. —Lisa casi reculó, aun sentada en la silla, ante la furia que mostraban los ojos de él.

—¿Cómo... cómo...?

—¿Qué más da cómo me haya enterado, Lisa? ¿A qué coño jugabas inventándote algo así?

—¡Yo no me lo inventé! Solo te dije que no salía con hombres, y tú sacaste el resto de conclusiones.

—¡No digas gilipolces!

—¡Y tú no me grites!

—¡Te grito lo que me da la gana! Eras mi mejor amiga y me engañaste. Permitiste que creyera que eres lesbiana. Y has permitido que me sienta como una mierda por haberte besado contra tu voluntad.

—Lo siento, ¿vale? Siento no haberte sacado del equívoco.

—¡He quedado como un gilipollas! Todos sabían que no eres lesbiana menos yo, ¿no? Debéis de habérselo pasado de puta madre a mi costa.

—¡Ni siquiera entiendo por qué te molesta tanto!

—¿No lo entiendes? ¡Nunca me habría venido a vivir contigo de haber sabido que no eres lesbiana!

—Ah, ¿no? ¿Y se puede saber por qué? Total... te parezco espantosa, ¿no?

—Mira, Lisa... —Preston se sentó frente a ella y habló arrastrando las palabras, con aquel acento de Arizona que a ella le encantaba—. ¿Crees que soy imbécil? Que me haya tragado la patraña de que eres lesbiana, no significa que no me dé cuenta de otras muchas cosas.

—No tengo ni la menor idea de qué estás hablando. —Lisa bajó la mirada al suelo.

—Mírame. —Lisa levantó la cabeza con timidez en dirección a él. Preston supo que había dado en el blanco al ver que ella no lo desafiaba, como solía hacer cuando discutían—. ¿Por qué te escondes detrás de ese aspecto?

—Yo no... no me escondo.

—Sí lo haces. ¿Crees que no me he dado cuenta de que no las necesitas? —Acercó la mano a su cara y le quitó las gafas—. Y se te ven las raíces pelirrojas debajo de ese tinte horroroso —añadió con una sonrisa tierna.

—Tengo mis motivos para tener este aspecto —dijo ella, apenas en un susurro.

—¿Y me los vas a contar?

—Con este aspecto, mantengo alejados a los hombres.

—¡Vaya gilipollez! —dijo Preston, en un bufido burlón que enfureció a Lisa.

—¿Quién coño te crees que eres para juzgarme? —le gritó ella, levantándose e intentando escapar de aquella cocina que se le antojaba tan pequeña.

—Eso que has dicho es una gilipollez enorme... —le respondió él. Se levantó, se interpuso en su camino y, al final, rompió el denso silencio que se había instalado entre ellos—. Es una gilipollez enorme, porque yo no conseguí mantenerme alejado de ti ni cuando pensaba que eres lesbiana.

Tal como había sucedido unos días antes, Preston se apresuró a besarla, apretándola con su cuerpo contra la encimera. Quiso anudar con su lengua la de ella para evitar que huyera, que lo apartara. Tenía su rechazo demasiado reciente, y le aterrorizaba pensar que esa escena se repitiera. Lo que Preston no sabía era que Lisa no tenía intención de irse a ninguna parte. Dejó que él posara las manos en su culo y que la aupara hasta dejarla sentada en la encimera de madera de la cocina.

—Llevo meses deseando ver qué hay debajo de esas sudaderas de mierda. Por cierto, te las voy a tirar todas. Todas y cada una de ellas.

Lisa sonrió por toda respuesta. Él lo interpretó —con acierto— como una invitación a desnudarla y no tardó ni un minuto en hacerlo. Solo despegaron sus labios el tiempo necesario para que la ropa pasara sobre sus cabezas. Preston siguió besándola mientras con la yema de su dedo pulgar acariciaba el pezón sonrosado de Lisa, que se endureció como un pequeño guijarro al primer roce. Bajó con la boca para dedicarle toda su atención, y Lisa arqueó la espalda para aproximarle más a ella. La alzó en brazos, ella enroscó las piernas a su cintura, y él los condujo a ambos a su dormitorio. La tumbó en la cama y le desabrochó los pantalones vaqueros, sin dejar de lamer sus pechos, su cintura, su ombligo...

—¿Quieres...? —Preston no necesitó terminar la frase para recibir la aceptación de Lisa, que —sin ápice de timidez— se apresuró a desabrochar los pantalones de él.

Preston abrió un cajón de su mesilla, cogió un preservativo y se lo puso con rapidez, sin dejar de acariciarla entre las piernas mientras lo hacía. Se tumbó encima, y hablaron con la mirada durante unos instantes mientras él tanteaba la entrada a ella. La penetró con la mezcla perfecta de delicadeza y seguridad, y Lisa creyó licuarse en sus brazos. Combatieron contra las sábanas durante el tiempo suficiente para saber que jamás se cansarían de hacer aquello. Cuando ella anunció entre gemidos su segundo orgasmo casi consecutivo, Preston se dejó ir, descargándose dentro de ella de una manera que no recordaba haber hecho antes. Solo permitió a su cuerpo salir de la laxitud en que había caído cuando Lisa protestó porque la estaba aplastando. Rodó sobre sí mismo hasta apoyarse en su codo y la miró fijamente.

—Debería ser delito que te hayas escondido tanto tiempo —le dijo, susurrando, mientras le acariciaba la mejilla—. Eres preciosa.

—No digas tonterías —replicó ella, avergonzada—. No tienes que decirme esas cosas, ya has conseguido llevarme a la cama.

Se rieron y dieron paso al segundo de los muchos asaltos con los que se regalaron el uno al otro aquel fin de semana.

—¿Quieres contármelo? —Preston al fin reunió valor para preguntarle a Lisa por su pasado. Era el último jueves antes de las vacaciones de primavera, y retozaban en la cama en una mañana que se prolongó hasta más allá del mediodía. Ninguno de los dos tenía que ir a la facultad el viernes y estaban algo melancólicos por la despedida. Ella pasaría las vacaciones en Boston con sus padres. Travis iba a viajar con ella y con Emily para conocer al padre de su novia. Preston, por su parte, había decidido pasar las vacaciones en el rancho familiar. Hacía meses que no veía a sus padres ni a Mark, y quería reunirse con los antiguos asesores de su abuelo para planificar los siguientes pasos de su carrera política.

Llevaban juntos, al menos de manera oficial, poco más de una semana, pero parecían haber incorporado al haber de su relación los meses en que ya todo el mundo los consideraba una pareja. Se habían visto un par de veces con el resto de los Sullivan, y nadie se había mostrado demasiado sorprendido con sus continuas —e inevitables— muestras públicas de amor. Lisa había reconocido en la mirada orgullosa de Emily el mismo gesto con que ella había dado, no tanto tiempo atrás, su aprobación a la relación de su amiga con Travis.

—Esta era yo a los dieciséis. —Lisa abrió el último cajón de su mesilla y le pasó una foto a Preston. Él no pudo disimular su cara de sorpresa. Reconocía los rasgos de la Lisa actual en aquella imagen, pero lo cierto es que la adolescente que le devolvía la mirada desde aquel papel fotográfico era la chica más guapa que había visto en toda su vida.

—Eras preciosa. Aún lo eres. —Preston no le regaló los oídos gratuitamente. En los pocos días que llevaban juntos, había aprendido a ver a Lisa con otros ojos. Desnuda en su cama, con aquel cuerpo de infarto, las mejillas arboladas en el sonrojo postcoital, sus labios gruesos hinchados por la furia con que se besaban, su imagen era muy diferente de aquella tras la que ella solía parapetarse.

—Era preciosa, sí. Oí esa frase durante muchos años. Siempre fui la niña más guapa del jardín de infancia, del colegio, del instituto. Bueno, Emily y yo. La rubia y la pelirroja, siempre juntas. Cuando Emily tuvo el accidente... Dios mío, aquello fue horrible.

—Me lo imagino.

—La echaba tantísimo de menos... Estuvo un año en el hospital en Phoenix. Éramos unas crías, y no pude ir a verla. Cuando regresó a Boston, no podía volver a clase aún, así que yo me iba todas las tardes a su casa, aunque solo fuera a estudiar mientras ella hacía rehabilitación, pero en el instituto... en el instituto, tuve que hacer nuevas amigas. Me junté con las animadoras, los chicos del equipo de fútbol... Tú jugabas al fútbol en el instituto, ¿a que sí?

—Sí. —Preston sonrió—. Travis y yo nos pasamos todo la época del instituto y parte de la universidad en la cancha.

—Ya. Lo llevas escrito en la cara. ¿Por qué lo dejaste?

—Lo dejé en la universidad. Travis se destrozó la rodilla, y... dejé de tener gracia jugar si no era con él. Convertirse en futbolista profesional era su sueño, no el mío. No quería que le doliera verme jugar. ¿Y tú por qué dices que lo llevo escrito en la cara?

—Esa seguridad en ti mismo... No sé, quien fue popular en el instituto lo lleva en su carácter de por vida.

—¿Se portaron mal contigo?

—Algo así. —Lisa sonrió en un bufido—. Al principio, parecían unos amigos fantásticos, entré en el equipo de animadoras... Me convertí en una de ellos. Tenemos dieciséis años, así que todo eso me cogió en la época de empezar a beber, a fumar, a ir a fiestas... Supongo que sabes de lo que te hablo.

—Sí. Beber, fumar y fiestas son definitivamente tres conceptos que me suenan.

—El último día de clase antes de las vacaciones de Navidad, Troy Webster, el capitán del equipo, organizó una fiesta en su casa. Era guapísimo, y nunca pensé que yo pudiera gustarle. Esa noche no se apartó de mí ni un segundo. Yo era una idiota inocente y ni siquiera me di cuenta de que no paraba de rellenarme un vaso con alcohol.

—Me estoy poniendo enfermo, Lisa. ¿Te... te forzó?

—No... Ojalá pudiera al menos culparlo de eso. —Lisa hizo una pausa que preocupó a Preston y, al fin, se decidió a contar la parte más sórdida de su historia—. Acepté ir con él a su habitación. Yo había perdido la virginidad el año anterior con un novio que tuve durante algunos meses, y no me había parecido que aquello del sexo fuera para tanto. Con Troy esperaba fuegos artificiales. Se había tirado a todo el equipo de animadoras, y todas, sin excepción, contaban maravillas. Después de un par de polvos, habría hecho cualquier cosa que me pidiera.

—¿Y qué te pidió? —preguntó Preston, apretando los puños hasta hacerse daño en los nudillos.

—Grabarme con el móvil mientras le hacía... mientras le practicaba sexo oral. —Lisa decidió utilizar los términos más asépticos posibles, en un inútil intento de restarle sordidez al asunto—. Al día siguiente, en YouTube y otras mil páginas web, apareció un vídeo titulado «Corrida en la boca de Mamá Noel». Yo... yo llevaba un puto gorro de Papá Noel en aquella fiesta.

—Dios mío...

—Sí. —Lisa se enjugó las lágrimas que había conseguido mantener a raya durante el relato del episodio que había marcado su vida, pero que ahora corrían libres por su cara.

—¿Qué hiciste?

—Nada. Eso es lo peor. Tardé meses en hacer algo. Solo se lo conté a Emily. En el instituto, todos lo sabían, pero nadie hablaba de ello a la cara. Se jugaban la expulsión, así que todo eran miradas de reojo y risas en cuanto me daba la vuelta. Mi única obsesión era que mis padres no se enteraran. Incluso no me habría importado que lo supieran, siempre y cuando no vieran el vídeo. No podía soportar la idea de que mi padre me viera... haciendo aquello.

—¿No lo saben?

—Sí. Aguanté, aún no sé cómo, el curso en el instituto, pero al año siguiente decidí cambiarme a otro centro. Emily se reincorporó a las clases y se vino conmigo, y yo me volqué en ayudarla a recuperar su vida. Me transformé el físico tanto como pude. Empecé a vestir solo con el tipo de ropa con que estás acostumbrado a verme. Siempre había tenido como media dioptría, así que me compré las gafas más feas que encontré y no me las sacaba nunca. Mis padres sabían que ocurría algo, pero no se atrevían a preguntar. Supongo que pensaban que había tenido un desengaño con un chico. Pero cuando me corté el pelo y empecé a teñirmelo de negro, ya no aguantaron más y me hicieron confesar.

—¿Cómo reaccionaron?

—Se disgustaron muchísimo, claro. Contrataron abogados, expertos informáticos... Un día conseguimos eliminar el vídeo de todos los sitios donde estaba colgado, y al día siguiente aparecía en otros mil servidores diferentes.

—¡Qué horror!

—Si lo hubiera contado al principio, quizá podríamos haber minimizado la difusión, pero al haber pasado tantos meses, estaba alojado en servidores de países europeos, de Rusia, de Asia... Era imposible eliminarlo por completo.

—Hoy en día...

—De vez en cuando reaparece.

—¿Por eso decidiste estudiar Informática?

—Sí. Bueno, por eso y porque ya casi era una experta cuando entré en la universidad. Esto no lo sabe ni siquiera Emily... Bueno, me conoce muy bien, así que supongo que lo sospecha. Pero aún hoy en día, me paso cerca de una hora diaria rastreando servidores de porno en busca del vídeo. Conozco muchas técnicas para localizarlo con relativa facilidad. Cuando lo hago, lo elimino, denuncio el servidor y... bueno, y después, lloro toda la noche.

—Lo siento. Dios mío, siento mucho todo lo que has tenido que pasar, Lisa —le dijo Preston, con el corazón en la mano, acercándose a abrazarla por detrás. Acarició su hombro con la nariz, y a Lisa le pareció el gesto más tierno que podría haber tenido con ella.

—Lo peor ya pasó. Ahora es solo una rutina ya. —Lisa miró a Preston a los ojos y se puso más seria de lo que había estado en toda la conversación—. Preston, tengo que pedirte algo, algo muy importante.

—Lo que necesites.

—Pase lo que pase, por mucha curiosidad que tengas, por muy buenas que sean tus intenciones, por favor... Si llegas a toparte con él, nunca veas ese vídeo.

—¡Dios mío, Lisa! ¡Por supuesto! No podría soportar verlo, de verdad. Te lo juro. No tengas ninguna duda sobre eso. —Preston agarró su mano con fuerza y siguió tratando de desentrañar todos los misterios de la vida de su novia—. ¿Por eso te disfrazabas? ¿Para que nadie te reconociera?

—Al principio, sí. Me daba pánico que alguien se fijara en mi cara. Hace cinco años que me pongo histérica si alguien me mira fijamente. Siempre creo que alguien acabará diciendo «oh, mira, esa es la chica del vídeo de Papá Noel». Así que modifiqué mi físico todo lo posible. Pero no fue solo eso. No quería solo ser diferente, también quería ser fea. Sabía que, con mi aspecto, mantendría a los hombres alejados y no volvería a cometer el error de confiar en la persona equivocada.

—¿Y qué ha cambiado?

—Tú. Tú lo has cambiado todo. Desde el primer momento, por mucho que quisiera resistirme, supe que podía confiar en ti.

—Me gusta que confíes en mí.

—Sí, sí que lo hago. —Lisa se rio—. Pero no es solo eso. Eres demasiado guapo, joder, no habría podido resistirme a ti ni aunque no confiara del todo.

—Me gusta oír eso. —Preston le sonrió con su mayor cara de suficiencia.

—Eres un engreído.

—Solo me estoy cobrando mi pequeña venganza por haberme hecho creer que eras lesbiana. —Preston introdujo las manos por las perneras del pantalón corto del pijama de Lisa hasta alcanzar con dos dedos el punto exacto en el que Lisa perdía la cordura. La escuchó emitir un chillido ahogado—. Y, ahora, se me está ocurriendo una nueva manera de vengarme.

||

A la mañana siguiente, Lisa tuvo que agarrarse al quicio de la puerta de su dormitorio para no caerse al suelo, presa de un ataque de risa. Había oído desde la ducha el timbre de la puerta, y Preston la había informado con un grito de que traían un paquete para él. Cuando vio de qué se trataba, ni la cara de ilusión de su novio pudo disuadirla de burlarse de él. Un cartel casi a tamaño natural, con un primer plano de Preston representado como el perfecto héroe americano, al menos en lo que a uso de gomina se refería, rodeado por todos los símbolos tópicos del patriotismo nacional, yacía sobre la alfombra de su salón.

—¿Puedes dejar de oírte, por favor? Esto es importante para mí —protestó Preston, aunque una ceja ligeramente arqueada denotaba que no hablaba en serio.

—Espera que haga una foto para Parker, y seré toda tuya —le contestó Lisa, mientras manipulaba su teléfono móvil para hacer llegar aquella imagen a toda la gente posible.

—Ahora en serio, ¿qué te parece?

—Solo faltan un par de banderas, el símbolo del dólar y un Big Mac para que sea más patriótico.

—Es espantoso, ¿verdad?

—Da miedo.

—Aún no ha empezado la campaña, y ya empiezo a estar harto.

—No te preocupes, todo va a salir bien. —Lisa se puso seria y se acercó a darle un beso tranquilizador—. Estoy agotada, creo que me voy a meter de nuevo en la cama. ¿Te importa?

—No. Al fin y al cabo, yo soy el responsable de ese cansancio, ¿no? —Le guiñó un ojo—. Tengo que dejar cerradas unas cosas de la campaña aquí en Nueva York antes de reunirme con los asesores del partido en Arizona, así que duerme tranquila. Yo me dedicaré a hacer llamadas. Después, si he conseguido librarme de todo, podemos ir a cenar, ¿te parece?

—Me parece fantástico.

||

«¡No, no, Richard, bajo ningún concepto!».

Lisa se despertó al oír gritar a Preston al teléfono. Preston jamás se enfadaba, mucho menos por temas profesionales, así que se incorporó en la cama, preocupada.

«Me importa una mierda lo que opinéis. Hay cosas que son innegociables. Es una de las personas más importantes de mi vida, y me niego a que rebusquéis en su pasado, aunque sea para minimizar daños, como a ti te gusta llamarlo».

A Lisa el corazón se le saltó un latido. ¿Estaba Preston hablando con su asesor de campaña sobre el vídeo?

«¡Tenía dieciséis putos años! ¡Bastante condena ha pagado por ello desde entonces! Si creéis que eso puede perjudicar a mi carrera, me retiraré gustoso de las jodidas elecciones, pero no vais a remover una mierda que le va a hacer un daño horrible a alguien a quien quiero».

Lisa se estremeció, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Preston la estaba defendiendo, pero aquella no era su guerra. Era imposible que sus asesores de campaña hubieran sabido nada del vídeo por sí mismos. Ella se encargaba a diario de mantenerlo bajo control. Y Preston no era —todavía— un político tan importante como para que nadie se hubiera molestado en indagar en Boston sobre el pasado de Lisa. Ni siquiera era público que Preston tuviera una relación. De hecho, un periódico local había publicado unos días antes un artículo sobre *el nuevo soltero de oro de la Gran Manzana*. Preston había traicionado su confianza, contándoles el episodio más sórdido de su vida a sus asesores.

«¡Por supuesto que sí! No he visto nada más espantoso en toda mi vida. Déjalo estar, Richard. Déjalo estar o mando todo a tomar por el culo».

Lisa volvió a la cama y se tapó con la manta hasta la cabeza. Preston había visto el vídeo. Ella le había pedido una única cosa, una, solo una. Y él había tardado menos de veinticuatro horas en encontrarlo. Ella sabía lo difícil que era, por fortuna, dar con él, así que debía de haber movido los hilos de quien le hacía el trabajo sucio en la campaña electoral. Recolocó la manta sobre su cabeza. Quería amortiguar el sonido de su llanto. Quería dejar de escuchar las palabras de Preston, aunque sentía que reverberarían en su cabeza durante mucho tiempo. Quería encontrar su espacio para arrepentirse, para odiarse, incluso, por haber vuelto a confiar. Había cometido un error, y el castigo sería un corazón roto para siempre.

Lisa despertó poco después del amanecer, en parte por el golpeteo constante de la lluvia en su ventana, en parte porque desde su llegada a Boston no había logrado conciliar el sueño con un mínimo de profundidad. En su última noche en Nueva York, había conseguido evitar a Preston, con la excusa de estar sufriendo una migraña, y al día siguiente se había marchado al aeropuerto antes de que él despertara. Tener que apagar el móvil para el vuelo le dio la excusa perfecta para no volver a encenderlo. Con el portátil no pudo hacer lo mismo, por más que esa hubiera sido su intención inicial; pretendía acabar la carrera ese mismo curso, por lo que debía trabajar duro durante las vacaciones. Y, claro, una vez que el ordenador estuvo encendido, consultar su correo electrónico fue una tentación imposible de evitar. Allí, encontró una media de cinco correos diarios de Preston. Al principio, preguntándole si le ocurría algo; después, pidiéndole que lo llamara; más tarde, suplicándole que diera señales de vida; y, por último, amenazando con presentarse en Boston si ella no le daba alguna respuesta.

Lisa había tomado la única decisión posible en aquel momento y, sobre todo, en aquel estado anímico. Le había enviado un correo en tono fingidamente despreocupado, diciéndole que se había olvidado el cargador del móvil en Nueva York y que estaba muy atareada con las tareas de su proyecto fin de carrera. Le dejaba caer, como si no tuviera el alma destrozada, que quizá se quedara en Boston el resto del semestre, ya que el trabajo que tenía pendiente podía realizarlo a distancia sin problemas. Y, por último, le deseaba que pasara unas buenas vacaciones en Arizona junto a su familia.

Se sintió hasta sucia cuando acabó de escribir el email. Había escupido tal sarta de medias verdades y de completas mentiras que llegó a plantearse si no sería una opción mejor afrontar una conversación cara a cara. Pero no. No podía enfrentarse a él porque no tenía ni un ápice de confianza en su propia fuerza de voluntad. Se consoló pensando en cuánto iba a cambiar su vida en los meses siguientes. Emily ya no la necesitaba en Nueva York, así que podría continuar con su vida allá donde la llevara una oferta laboral interesante. Quizá un lugar en el que ya no tuviera que esconder su físico. Su breve aventura con Preston le había dejado el corazón roto, sí, pero al menos había hecho que se replanteara la conveniencia de seguir *disfrazándose* para continuar con su vida.

Mark desmontó del impresionante caballo que había adquirido algunas semanas antes y al que aún no había conseguido domar del todo. Abril podía ser un mes primaveral en otros estados, pero Arizona lo consideraba plenamente veraniego. Se sacó la camiseta polvorienta que llevaba y se secó el sudor de la frente con ella.

—Parece que acabes de escaparte de una *pele* porno de vaqueros. —Escuchó la voz de Parker a su espalda y la risa ahogada de Amy contra el hombro de este.

—Muy gracias los dos. —Les sonrió—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Amy quería echar un vistazo a los caballos. Quizá después montemos un rato. —Parker echó un brazo sobre el hombro de su hermano mayor—. Hay otro asunto que querríamos comentarte. ¿Sabes qué le pasa a Preston?

—¿Además de que es un imbécil por ir a meterse en política?

—Sí. ¿Sabes si le ocurre algo más?

—Tiene un mal de amores que se ve desde la Luna. Es eso, ¿no?

—¿Ves? —reprochó Amy a Parker con una sonrisa—. Yo creo que sí, Mark.

—Tiene la misma cara de jodido que tenías tú hace un año —le recordó Mark a Parker.

—Me encontré su portátil medio roto en su escritorio —confesó Parker—. Le he preguntado, y me ha dicho que se le cayó, pero tenía toda la pinta de haberle dado un buen puñetazo.

—Hablaré con él —dijo, al fin, Mark—. Eso es lo que siempre hago, ¿no? —añadió con una mueca sarcástica.

||

—¿Puedo pasar? —Mark abrió la puerta del cuarto de su hermano con prudencia. Él era el hermano mayor, pero los gemelos siempre habían sido rápidos de puños, y él había aprendido a respetar su intimidad desde que eran adolescentes.

—Sí. ¿Quién te envía? ¿Papá y mamá o Parker y Amy? Suponiendo que no sean las mismas personas...

—¿Te apetece una buena acampada fraternal? —Mark ignoró la pregunta de su hermano.

—¿Acampada? ¿Tenemos doce años otra vez, y no me he enterado?

—No hablo de acampar en el jardín, imbécil. Le robamos una botella de whisky del bueno a papá, cogemos los caballos, vamos hacia el valle, asamos unas hamburguesas y nos emborrachamos. Ese es el plan.

—No suena mal. Pero, ¿me prometes que no empezarás el interrogatorio de hermano mayor hasta que esté borracho?

—Hecho. ¿Tienes tabaco?

—¿Tú no habías dejado de fumar?

—Casi todo el tiempo. ¿Y tú?

—Algo parecido. —Le sonrió—. Por suerte, tenemos un hermano pequeño al que saquear.

||

Eran casi las nueve de la noche cuando llegaron al lugar del que Mark le había hablado. Su hermano mayor montaba varias horas al día, pero Preston había perdido costumbre y llevaba un buen rato acusando un dolor de espalda que se negaba a reconocer. Habían recorrido la mayor parte del trayecto en silencio; solían hacerlo cuando montaban, incluso cuando eran niños. Su madre siempre decía que los únicos momentos de paz que había tenido cuando aún vivían los cuatro en la casa familiar los habían pasado entre caballos.

—Ya puedes desmontar y dejar de fingir que no te duele el culo, Preston.

—¿Es aquí? —Preston miró alrededor y se quedó impactado con las vistas del anochecer en el valle—. ¡Vaya! Casi me había olvidado de este lugar. Es espectacular.

—Lo sé. Vengo mucho por aquí cuando me apetece desconectar —le contó Mark mientras descargaba las provisiones que habían llevado para la noche.

—¿Desconectar? ¿Necesitas desconectar de la vida en un rancho en mitad de la nada?

—A veces.

—¿Has traído malvaviscos? —Preston se echó a reír—. Parece que, definitivamente, sí tenemos doce años.

—También he traído dos botellas de whisky de dieciocho años.

—Creo que eso también lo hacíamos a los doce.

Los dos hermanos se rieron, recordando las mil diabluras que habían urdido en su infancia. Encendieron una pequeña hoguera, y Mark se encargó de los caballos mientras Preston asaba la carne para la cena. Era casi medianoche cuando llegó el turno de las confesiones.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó Mark, pasándole la botella a Preston.

—Hay una chica —respondió él, después de dar un largo trago. Sintió el whisky descender caliente por su pecho, y eso lo animó a hablar.

—Siempre la hay, imbécil. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No tengo ni puta idea, Mark. Estábamos tan bien... Es Lisa, mi compañera de piso.

—La amiga de la novia de Travis.

—Las noticias vuelan...

—En la familia Sullivan, sí.

—Pues eso... que es ella. Lisa. Hemos estado viviendo juntos un par de meses, nos llevábamos de maravilla y, al fin, estábamos juntos. Todo iba sobre ruedas. La campaña acaba de arrancar, las clases me van bien, ella acaba la carrera ya ahora... El último día antes de las vacaciones estuvo muy rara; me dijo que se encontraba mal, pero no acabé de creérmelo. El viernes se fue al aeropuerto sin despedirse y ha tenido el móvil apagado desde entonces. Le he enviado... yo qué sé... cien mil correos electrónicos. Y, ayer, al fin, me respondió que quizá se quede en Boston hasta fin de curso. *Espero que lo pases muy bien en Arizona* —Preston impostó la voz con sarcasmo—. No me lo puedo creer.

—O sea, que al célebre Preston Sullivan le han dado calabazas. Al fin.

—Vete a la mierda —Preston volvió a beber—. No me creo nada, Mark. A Lisa le ha pasado algo. Yo sé lo enamorada que estaba de mí, eso no se puede fingir.

—¿Lo sabes porque tú también lo estabas de ella? —le preguntó Mark, sin asomo de burla en su tono.

—Sí. Y puede que hasta ahora no me haya dado cuenta de cuánto lo estaba. De cuánto lo estoy.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué harías tú?

—¿Yo? Yo, posiblemente, lo jodería todo. Pero creo que tú deberías hacer todo lo posible por recuperarla. ¡Vamos, Preston! ¡Eres tú! Ninguna se resiste. Eres el hermano divertido, mujeriego y despreocupado.

—¿Divertido, mujeriego y despreocupado? ¿Eso es lo que soy para vosotros? —fingió ofenderse Preston.

—Claro. Cada uno tenemos tres etiquetas en esta casa. Travis es el deportista, inseguro y soñador. Parker es el rebelde, taciturno e idealista.

—¿Y tú?

—Yo soy el serio, responsable y solitario. Papá y mamá decidieron que éramos así, y a veces creo que hacemos todo lo posible por no decepcionar lo que se espera de nosotros.

—¿Ocurre algo, Mark? ¿Estás bien en el rancho?

—Nada nuevo. La vida aquí es solitaria, y supongo que me he acostumbrado a eso.

—¿Hay alguien?

—Pseeee... Tengo un par de números a los que llamar si me apetece sacarla de paseo.

—¿Sabes, Mark? Nunca lo he hablado con Parker, ni siquiera con Travis, pero siempre he tenido la sensación de nos ocultas algo. ¿Por qué odias Nueva York? ¿Qué te ocurrió allí?

—Vaya... Parece que el turno de los interrogatorios ha cambiado de bando.

—El cazador cazado. —Preston le sonrió—. Pasó algo, ¿no?

—Sí. Cometí errores cuando estaba en la universidad. Errores graves con consecuencias catastróficas. Llevo tiempo queriendo contároslo. Siempre soy el hermano al que pedís consejo... y no merezco serlo. Pero, si al final reúno fuerzas para confesar, quiero que estéis todos presentes.

—Ya apetece estar todos juntos, ¿verdad? —Preston cambió de tema. El alcohol estaba empezando a llamar a gritos a la melancolía.

—No soy yo quien se marchó huyendo de Arizona. Volved aquí, y así las chicas de Phoenix no podrán volver a dormir tranquilas.

—Lo veo complicado. —Preston chasqueó la lengua—. Te recuerdo que, algún día, seré congresista por el estado de Nueva York, así que mi vida estará en la otra costa de forma definitiva.

—¿Tú estás seguro de dónde te estás metiendo?

—¿Por qué todos me decís lo mismo? El abuelo era el gobernador de Arizona cuando éramos pequeños, y no lo recuerdo tan horrible. Y el tío Ed ha sido alcalde de Phoenix muchos años, y no lo he oído quejarse.

—¿Tú te ves a ti mismo como el abuelo o el tío Ed? Preston, por Dios... a ti te gusta divertirse, has vivido como te ha dado la gana en Londres, te tiras a las mujeres a pares... ¿Sabes lo que va a hacer la prensa contigo? Además, en Nueva York, que hay un periodista en cada edificio.

—No sé, Mark... Es como si siempre hubiera estado predestinado a esto, ¿sabes? Hace años que toda la familia dio por hecho que sería yo quien entrara en política, y me he dejado llevar un poco por la corriente.

—No eras tú quien iba a entrar en política, Preston. Era yo. El chico serio, formal, responsable y buen estudiante. Pero la jodí. Richard tuvo miedo de que la prensa escarbara en mi pasado, y tú recibiste la herencia política de los Sullivan.

—Así que tú también conoces a Richard Bryant, ¿no?

—Es un hijo de puta de impresión. Pero, como dice papá, es «nuestro hijo de puta». Cualquier cosa que le quieras pedir, por muy sórdida que sea, él te la conseguirá en menos de dos horas. Ya sea un avión privado, hundirle la vida a un enemigo o una puta de primera categoría.

—Lo tendré en cuenta —respondió Preston, entre risas—. No tenía ni idea de que tú habías sido un día la esperanza política de la familia.

—Estabais en el instituto todavía cuando ocurrió —explicó Mark, sin ir más allá en las explicaciones sobre su pasado—. Escucha, Preston... Tu vida va a pasar a estar en un escaparate. Si hay algo que no quieras que nadie sepa, algo que te haga dudar... piénsalo bien antes de meterte de lleno en el lío. Después, ya será demasiado tarde.

—Sí que lo hay, Mark. Antes de las vacaciones, tuve una discusión con Richard. Quería meter la nariz en todo el asunto de Parker, reunirse con todos nosotros para ver cómo minimizar...

—*Minimizar los daños*. Oí esa expresión con bastante frecuencia durante una buena temporada. Qué asco. ¿Qué le dijiste?

—Le prohibí husmear en ese asunto. Parker y Amy se merecen empezar su vida sin esa mierda saliendo en la prensa. Podría afectar incluso a la adopción de Katie, joder. Por no hablar de Emily, que se ha portado de maravilla con todos nosotros.

—Es una buena chica, ¿verdad?

—¿Emily? Es fantástica. A Travis le ha tocado la lotería. —Preston rebuscó en la mochila de Mark y sacó dos cigarrillos—. Al final no me has dicho qué harías tú en mi lugar. Con Lisa, me refiero.

—Vete a buscarla. Si la quieres de verdad... —Preston ni siquiera había pensado en su relación con Lisa con términos como *quererla*, pero, en cuanto su hermano lo dijo, supo que había dado en el clavo—. Si la quieres de verdad, lucha por ella.

—Mañana llamaré a Travis para intentar sonsacarle información. No debería meterlo en medio, pero...

—Pero que se joda. —El alcohol había hecho ya mella en ellos, y se carcajearon—. Es un código: se puede traicionar a cualquier mujer por un hermano.

—Deberíamos dormir. —Tiraron los restos de sus cigarrillos a las ascuas de la hoguera y se metieron en los sacos—. Mark...

—No me digas ninguna mariconada, haz el favor.

Se durmieron entre carcajadas étlicas bajo el manto de silencio de los parajes de su infancia.

—¿Puedo pasar? —Emily golpeó los nudillos con suavidad contra la puerta del dormitorio de Lisa. Llevaba entrando en aquella habitación desde que era una niña y nunca antes había llamado. Pero ese día era especial. Ese día estaba enfadada por haber tenido que enterarse por Travis de que Lisa había roto su incipiente relación con Preston. Pero, sobre todo, estaba triste por ella, porque, sin saber siquiera por qué, su efímera felicidad se había esfumado.

—Sí. Claro. ¿Desde cuándo llamas a la puerta?

—Desde que, al parecer, ya no soy tu mejor amiga —le espetó Emily, con menos rencor del que reflejaban sus palabras.

—¿Por qué dices eso? —Lisa bajó la cabeza, consciente de que, en los últimos días, había apartado incluso a Emily de su vida.

—Porque me ha tenido que informar Travis de que has roto con Preston. O algo así, ¿no?

—Sí. Algo así. —Lisa posponía lo inevitable. Sabía que Emily comenzaría el interrogatorio en cualquier momento.

—¿Me lo vas a contar o tengo que sacarte las palabras a golpes?

—Me escaparé corriendo, y no tendrás ninguna posibilidad, lisiada. —Las dos esbozaron una sonrisa. Había una conexión entre ellas que ni todos los hombres del mundo podrían ensombrecer jamás.

—Preston ha llamado a Travis. Está hecho una mierda.

—Bueno... Que lo hubiera pensado antes.

—¿Qué hizo, Lisa? Él le ha dicho a Travis que todo estaba normal y que, de repente, desapareciste. Que le has enviado un email diciendo que te quedarás aquí el resto del semestre. ¿Es cierto?

—Sí. Me voy a quedar aquí. Hablé con mis tutores justo antes de venir y puedo trabajar a distancia.

—Pero, ¿qué ocurrió?

—Le oí hablar con el asesor de su campaña electoral sobre... sobre mi vídeo.

—¿¿Qué dices??

—Sí, Emily. Solo hacía unas horas que se lo había contado. Me costó tanto, ¡tantísimo!, reunir valor para hablar con él de eso. Y, a la mañana siguiente, ya estaba hablando con sus asesores políticos de cómo evitar que el vídeo perjudicara su carrera. Vio el vídeo, Emily, aunque le supliqué que no lo hiciera.

—No me lo puedo creer.

—Ya. Yo, a ratos, tampoco me lo creo. Pero ocurrió, Em... Te prometo que me comportaré cuando tenga que coincidir con él. Por Travis, por ti y por los demás. Pero prefiero no volver a Nueva York y tener que verlo a diario. Por favor, haz que Travis le diga que prefiero que no me llame. Tengo que curarme esta herida sola.

—Dios mío, Lis... ¿Cómo estás?

—Hecha un asco. Pero lo superaré. Cosas peores hemos superado, ¿no?

—Sí. Supongo que sí. —Emily le sonrió y se acercó a abrazarla.

—¿Qué tal el encuentro entre tu padre y Travis?

—¡Ja! —Emily se carcajeó—. Como si dos trenes de mercancías se encontraran en la misma vía. Creo que todavía tratan de decidir si van en la misma dirección o si chocan y provocan una masacre.

—¿Alguna amenaza?

—Cuando llegamos, mi padre había subido del sótano mi vieja silla de ruedas. —Emily se tapó la cara, avergonzada—. El recibimiento a Travis consistió en decirle que se la regalaría porque, si me hacía daño, la iba a necesitar el resto de su vida.

—Daría cualquier cosa por haberlo visto.

—Hablando de ellos, debería ir pensando en volver a casa. Los he dejado jugando un partido supuestamente informal de baloncesto como si fuera la final de la NBA. Cuando he salido hacia aquí, Travis tenía la rodilla hinchadísima, y mi padre estaba sin aliento. No descarto encontrármelos muertos al llegar a casa.

—Sí, márchate. Ninguno de los dos reconocerá estar más cansado que el otro.

—¿Te puedo decir algo antes de irme, a riesgo de que quieras asesinarame?

—Claro. ¡Qué miedo!

—Mírate. —Emily la obligó a situarse delante del espejo—. Tienes los ojos hechos un asco de llorar, pero estás más guapa de lo que te había visto en los últimos cinco años.

—Eso no es muy agradable, ¿no?

—Te has quitado el disfraz, Lisa. Si no haces un esfuerzo por estar fea, no puedes estarlo. Llevas días sin forzarlo, así que estás guapísima. ¡Mira qué pelo más largo! —Le sonrió Emily, cogiéndolo entre sus dedos.

—Creo que voy a dejarlo crecer.

—¿En serio? ¡Estarás preciosa!

—Te voy a echar de menos, Em... Muchísimo.

—¡Oh, tonta! ¡Ven aquí!

Lisa se dejó abrazar por su mejor amiga, por su hermana del alma. Le iba a costar superar la decepción que había sufrido con Preston; le iba a costar muchísimo. Pero saldría adelante. Claro que lo haría. Se lo debía a Emily, y se lo debía a sí misma.

Amy no pudo disimular el ataque de tos que sufrió cuando su cuñado Preston le pasó la botella de agua helada con la que trataban de paliar el asfixiante calor de aquella tarde de preparativos nupciales. Su futura suegra había protestado un millón de veces por la bárbara costumbre de sus hijos de beber directamente de la botella, pese a que en aquel porche se había dispuesto un servicio de mesa que habría rivalizado con el de cualquier hotel de lujo a la hora del té. Ahora entendía Amy lo de la botella de *agua*. O, mejor dicho, lo de la botella de vodka. Su mirada se cruzó con la de su novio, quien le guiñó un ojo, dejándole muy claro que aquella no era la primera vez que los hermanos Sullivan llevaban a cabo aquella pequeña estrategia para emborracharse delante de las narices de sus padres.

—Oh, querida, ¿te encuentras bien? —intervino su suegra, solícita.

—Sí, sí. Disculpe. Un poco más de agua, y se me pasará. —Amy bebió un buen trago de alcohol, escuchando de fondo las risas ahogadas de Parker, Preston y Mark.

—Bien. Entonces, chicos, ¿tenéis todos claro lo que tenéis que hacer?

—Madre, tengo que permanecer de pie junto al altar y tratar de que Parker no salga corriendo. No lo veo tan complicado como para tener que estar aquí sentado oyendo hablar de canapés.

—Preston, no seas impertinente, por favor —protestó su madre. Preston vio de reojo a su padre esbozar una sonrisa cómplice tras su ejemplar del *Wall Street Journal*.

—Mamá, tengo que ir a ver a los caballos y necesito que los chicos me echen una mano. ¿Te importa quedarte un rato sola con Amy? —preguntó Mark, cumpliendo a la perfección con su papel de hijo mayor serio y responsable.

—Claro, hijos, id, id.

—Cabrones... —masculló Amy.

—¿Decías algo, querida?

—¡Caballos! Decía que me encantan los caballos.

—Ah, no te preocupes. Después te acompaño dando un paseo, mientras charlamos sobre la disposición de las mesas.

Los tres hermanos salieron hacia los establos todavía riéndose por lo bajo.

—Podrías devolverme el tabaco que os llevasteis ayer a esa excursión tipo *Brokeback Mountain*, ¿no, cabrones?

—He hablado con Travis —anunció Preston, dándole a Parker sus cigarrillos—. Ya sé qué es lo que le pasa a Lisa.

—Cuéntanos —lo apremió Parker—. Mark me ha puesto al corriente de cómo están las cosas.

—Me oyó hablar con Richard, mi asesor de campaña. Él me hablaba del accidente de Parker, y yo le repetí varias veces que lo dejara estar, que no removiera esa mierda, que yo lo había visto todo y no quería que ni Parker ni Emily volvieran a revivir nada de eso. Sobre todo, cuando es casi imposible que la prensa o mis rivales políticos lleguen a enterarse.

—Joder, Preston. Lo siento. —Habían pasado muchos años, y, por una carambola maravillosa del destino, Emily y él habían acabado siendo buenos amigos, pero Parker no podía evitar sentir la punzada de la culpabilidad cada vez que se recordaba el episodio que había marcado su vida.

—Olvidalo. Ni digas nada. Me importa una mierda la política si va a acabar haciéndoos daño a alguno de vosotros.

—Pero, ¿qué tiene todo eso que ver con Lisa?

—Hay algo en el pasado de Lisa. No puedo hablar de ello con vosotros. Lo único que os puedo decir es que ella pensó que había traicionado el secreto que tanto le costó confesarme y se largó.

—¿Y? ¿Has hablado con ella? —le preguntó Mark.

—No. Y no voy a hacerlo.

—¿Qué dices? —Parker expresó con palabras la sorpresa que sentían Mark y él.

—No. Estoy muy cabreado. Vosotros me conocéis. Nunca, jamás, he tenido intención de sentar la cabeza. A mí me gustaba mi vida de follarme a las rubias de dos en dos. Si decidí estar con ella, fue porque la quería de verdad. Ella me confió sus secretos, sí, pero yo también me entregué. Me hizo creer durante semanas que era lesbiana, y la perdoné sin un reproche. Y, a la primera ocasión en que ella sospecha algo de mí, se larga y no me da ninguna explicación. —Sus hermanos asintieron, comprensivos—. No, chicos. Si Lisa quiere algo de mí... tendrá que ser ella quien venga a buscarme.

—Pero, si ella piensa que sí lo hiciste, Preston, ¿no vais a acabar separándoos por un malentendido?

—Le he mandado un mensaje explicándole que se equivocó y dando por terminada la relación.

—Vaya —dijo Parker.

—Lo siento, tío.

—Gracias, chicos. —Preston suspiró—. El lunes tengo la primera cena para recaudar fondos para la campaña. La maquinaria electoral se ha puesto en marcha, así que en los próximos meses no tendré demasiado tiempo para pensar en Lisa.

Lisa releyó por enésima vez aquellas veintiocho palabras que le habían roto —más, si es que eso era posible— el corazón. «En ningún momento he visto ni veré ese vídeo. Nadie sabe nada de lo que me contaste. Espero que seas muy feliz en tu nueva vida en Boston». Hacía ya seis semanas que lo había recibido. Seis semanas en las que toda su vida había transcurrido delante de su ordenador portátil, ultimando el proyecto sobre protocolos de seguridad electrónica con el que pondría punto final a su carrera universitaria. Un par de días antes, había recibido la calificación, una matrícula de honor más que añadir a su impecable expediente. Había llamado a Emily, eufórica, e incluso se había animado a salir a comer con sus padres para celebrar su licenciatura. Pero, daba igual cuántos esfuerzos hiciera por alegrarse, no podía evitar echar de menos a Preston. Ya casi —casi— ni necesitaba saciar su amor por él. Daría cualquier cosa por volver al estadio anterior, a aquella amistad de compañeros de piso que les había durado apenas unas semanas, pero que a ella le parecían ahora los días más felices de su vida.

Preston se había encargado de poner distancia entre ellos. Si era cierto lo que decía su mensaje, si de verdad todo había sido un malentendido, la desconfianza de Lisa lo había herido hasta el punto de deseárselo suerte en su nueva vida, dejando muy claro que él ya no formaría parte de ella.

Lisa se avergonzaba de reconocer que releía ese mensaje cada noche. Todas y cada una de ellas desde que lo había recibido. Pero esa mañana de junio era especial porque, en unas horas, volvería a verlo.

Lisa había llegado el día anterior a Nueva York para asistir a la ceremonia de graduación en su facultad. Se alojaba en casa de Travis y Emily, quienes habían decidido organizarle una cena de celebración para esa noche, justo al terminar el acto académico. A las pocas horas de su llegada, escuchó a Travis reservar una mesa para cinco personas, en un pequeño restaurante cerca de Grand Central[3] al que ya habían ido en alguna otra ocasión. Lisa sintió, entonces, que, en esa cena, si Preston no acudía, habría un vacío que a ella le impediría disfrutar de cualquier celebración.

—No, Travis. Reserva para seis —le había dicho. El novio de su mejor amiga había entendido el mensaje a la perfección y le había sonreído.

A media tarde, Lisa se encontraba ante una situación para la que sabía que no estaba preparada. Sus semanas de dolor en Boston habían servido para arrancar para siempre aquel horrible disfraz tras el que solía parapetarse. Aunque ella, en el fondo, sabía que no habían sido esos días en su hogar los que habían obrado el milagro. Lisa, quizá de forma inconsciente, había decidido despojarse de aquella fealdad autoimpuesta en el mismo momento en que Preston le había dicho por primera vez que era preciosa.

Sacó del armario de la habitación de invitados de Emily el vestido de fiesta que su madre le había obligado a comprarse, y lo miró ilusionada. Por mucho que se convenciera a sí misma de que merecía ponerse guapa para compensar a la chica que había sido durante los últimos cinco años, algo en su subconsciente no paraba de preguntarse cómo reaccionaría Preston al verla tan cambiada. El pelo le había crecido mucho durante su estancia en Boston. Se lo había cortado un par de días antes, justo por encima de los hombros, eliminando todo resto del aquel tinte oscuro que ahora se le antojaba odioso. Había dejado de posponer el momento de deshacerse de la ortodoncia, como había hecho durante el último año, y ahora lucía una sonrisa perfecta. Y sabía que Emily no le permitiría salir de casa ni siquiera con las renovadas gafas que utilizaba ahora. Diablos. Sus compañeros de clase ni siquiera iban a reconocerla.

||

Preston no podía aguantar ni un segundo más aquella reunión con los benefactores del partido. Llevaba muchos años moviéndose en el entorno del Partido Republicano en Phoenix y estaba acostumbrado al tipo de votante conservador del oeste. Maldita sea, ni siquiera creía que hubiera votantes demócratas en Arizona. Aquellos hombres, amigos de su padre o de su abuelo, defendían valores tradicionales con los que él no estaba de acuerdo al cien por cien, pero que tampoco le chirriaban; les gustaban los rifles, la caza y los clubs de campo. En Nueva York, en cambio, el entorno del Partido parecía estar formado por gente que se hubiera escapado del siglo anterior. No conseguía visualizarse defendiendo que los homosexuales eran una amenaza para la familia tradicional o hablando sobre leyes migratorias que le parecían, como mínimo, infames. Cada vez que le entraba una crisis de programa electoral o, simplemente, dudas sobre si estaría haciendo lo correcto, llamaba a Travis o a Mark. Parker era un caso perdido de idealismo, así que ni siquiera era una opción. Pero, por mucho que sus hermanos trataran de ponerle los pies en el suelo, él sentía que eran una llamada de sustitución. La llamada real que siempre quería hacer tenía Boston como destino, y jamás se había atrevido a materializarla.

Preston había empezado el día con la llamada de Travis, anunciándole que estaba invitado a la cena de celebración de la graduación de Lisa. Demasiados sentimientos simultáneos lo habían invadido con esa llamada. Estaba orgulloso de Lisa por haber alcanzado su sueño, triste por no haber podido compartirlo con ella, enfadado por haberse enterado a través de Travis de la invitación a esa cena, ilusionado como un adolescente ante la perspectiva de volver a verla... Se revolvió el pelo frente al espejo, conteniendo un bufido ahogado de nervios, le dio una última pasada a su afeitado y se dispuso a enfundarse el traje que había elegido para la ocasión.

||

Lisa siempre había odiado llamar la atención, pero sabía que con aquel vestido rojo, de una sola manga y falda por encima de la rodilla, lo haría. Había pasado momentos de apuro en el trayecto hacia el estrado donde recibió su diploma, pero nada era comparable a lo que sentía ahora que se acercaba al grupo que formaban los hermanos Sullivan y sus parejas. Travis y Preston eran gemelos idénticos y lucían trajes muy similares, pero para ella fue sencillísimo distinguirlos. Uno de ellos era solo el novio de su mejor amiga. El otro era el responsable de que su corazón bombeara con tanta fuerza que no le permitía oír el resto de sonidos que la rodeaban.

—¡Felicidades! —Emily la abrazó con fuerza durante un buen rato, y ella se dejó hacer. Parker, Amy, Travis y la pequeña Katie se acercaron también a felicitarla con cariño. Con todos los acontecimientos que había vivido en los últimos meses, apenas había tenido tiempo de valorar el maravilloso grupo de amigos del que había conseguido formar parte.

—Gracias, chicos.

—Muchas felicidades, Lisa. —Una voz profunda rompió el bombeo de su corazón y a punto estuvo de abrir las compuertas de sus lágrimas.

Preston permanecía frente a ella, mirándola fijamente, con las manos en los bolsillos y una postura en apariencia —solo en apariencia— relajada. Se miraron durante una eternidad, aunque en el espacio temporal en que vivía el resto del mundo fueron solo unos segundos y, al fin, decidieron hacer lo único que sus cuerpos les pedían. Preston abrió los brazos, y se fundieron en un abrazo tan tierno que alguno de los presentes tuvo que carraspear para disipar la emoción.

—Me alegro mucho de verte, Preston —dijo Lisa, con la voz rota.

—Y yo. Yo también me alegro... muchísimo. Estás... Dios mío, estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal —bromeó ella, dándole un buen repaso visual.

Parker rompió el encanto recordándoles que ya llegaban tarde a la cena. En aquel restaurante, pasaron una noche inolvidable de risas, recuerdos y planes para el verano. La boda de Parker y Amy, para la que solo faltaban tres semanas, acaparó el protagonismo de gran parte de la conversación.

—¿Querrás ser mi pareja? —dijo, de repente Preston, rompiendo un breve silencio que se había formado en torno a la mesa. Seis pares de ojos —incluyendo los enormes ojos azules de Katie, que parecía estar tan sorprendida como los demás— se giraron hacia él—. Quiero decir... Lisa, tú vas a ir sin pareja, y yo también. Tú eres dama de honor y yo, uno de los padrinos. Podríamos ir juntos, ¿no?

—Emmmm... Sí, sí, claro —contestó, apurada, Lisa.

Algunos de los presentes esbozaron significativas sonrisas, pero la conversación pronto derivó hacia temas más inofensivos. Emily tenía un examen al día siguiente, así que Travis y ella se retiraron pronto. Parker y Amy no tardaron en seguirlos, con Katie ya dormida sobre el hombro de él.

—Bueno, podemos dejarnos de nervios y de tonterías e ir a tomar algo, ¿no, Lis? —preguntó Preston, que no estaba dispuesto a perder ni un segundo de su compañía.

—Claro.

—¿Vamos al piso? Aún tienes allí la mitad de tus cosas y... —Preston se frotó la nuca con nerviosismo, mientras bajaban las escaleras hacia el metro—. Lisa, joder, ese apartamento no es lo mismo desde que te fuiste.

Lisa no pudo siquiera responderle. Se limitó a asentir y a apoyarse en su pecho. Hicieron todo el trayecto de metro en silencio, escuchando solo los latidos de un corazón que nunca llegaron a saber si era el propio o el del otro.

—¿Quieres una copa?

—Sí, por favor.

—¿Champán?

—¿Tienes champán?

—Yo tengo de todo, cariño —respondió la versión más seductora de Preston, sin saber él mismo si solo estaba bromeando.

—¡A cuántas chicas habrás traído aquí para tener champán en el frigorífico! —bromeó Lisa.

—A ninguna —respondió, muy serio, Preston, entregándole su copa—. No he estado con nadie desde que te marchaste.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Bueno, miento. Subí a una chica al piso un día. Tenía bastante intención de follármela hasta que pidiera clemencia...

—Creo que no quiero oír esto.

—En cuanto nos dimos cuatro besos, fingí estar muy borracho y la acompañé a un taxi. Tardé cuatro besos en darme cuenta de que tenía un defecto horrible.

—¿Ah, sí? —Lisa puso los ojos en blanco—. ¿Y cuál era?

—Que no eras tú.

—Oh.

—Sí. *Oh*. ¿Por qué coño nos hemos hecho esto, Lisa?

—Preston, yo... siento mucho haber desconfiado de ti. Lo siento muchísimo, de verdad. Tal como oí la conversación, me pareció evidente que hablabas de... de *lo mío*, y no pensé con claridad.

—Aquella mañana... hablaba del accidente de Parker y Emily. Con el tiempo, entendí que dije frases que se podrían haber malinterpretado. Que tenía dieciséis años, que era una persona importante para mí y que no quería remover su pasado. Así que siento haberme ofuscado después de que quedara claro que había sido un malentendido.

—No te preocupes. Está todo perdonado. —Lisa tomó aire y decidió cambiar de tema—. Te he visto mucho en la tele últimamente.

—¿En serio? ¿En Boston?

—Sí. Estás saliendo bastante en la televisión nacional.

—Sí, sí. Lo sé. Me da muchísima vergüenza pensarlo.

—Vergüenza deberían darte algunas de las políticas que defiendes. —Preston sonrió. Quizá, si viniera de cualquier otra persona, habría encajado fatal ese comentario, pero esa sinceridad arrolladora de quien había sido su única amiga era justo lo que venía necesitando desde hacía semanas. Tal vez nunca pudieran recuperar otro tipo de relación, pero al menos no habían perdido aquello que un día los unió—. Pero, ideologías aparte, me alegro mucho de que te vaya tan bien. Todo indica que vas a ser el candidato republicano al Congreso.

—Sí. Eso parece. Y antes de cumplir los veintiséis. Es una bendición haber nacido con el apellido Sullivan. —Lisa detectó a la perfección la mueca sarcástica de Preston.

—No pareces demasiado feliz.

—Es que no lo soy. Pero no tiene nada que ver con la política. No soy nada feliz desde que te marchaste, Lis... —Preston rompió la distancia entre ellos y se dejó caer en el suelo ante el sofá en el que ella permanecía sentada—. Dame una oportunidad, por favor. Y, si no me la das, regálame al menos esta noche.

—Soy yo quien se ha graduado hoy. —Lisa dejó su copa en la pequeña mesa esquinera, y se aproximó a la boca de Preston. Qué importaban la prudencia, el pasado y el miedo cuando estaba a tan pocos centímetros de la felicidad—. Creo que soy yo la que debería recibir un regalo.

—Oh, pequeña... Créeme. Te voy a regalar tantos orgasmos como seas capaz de contar.

Las primeras luces de la mañana sorprendieron a Lisa con las piernas enredadas en las de Preston. Ni siquiera recordaba en qué momento se habían quedado dormidos. Había sido una noche en que el sexo había adoptado todas las versiones posibles. Había sido tierno y emotivo, salvaje y arrollador, descarado y soez e, incluso, rencoroso y vengativo. Pero, en todas y cada una de aquellas facetas, había sido maravilloso. Observó a Preston dormido y se preguntó cómo iba a poder pasar las mañanas del resto de su vida sin despertarse con él a su lado. No era solo el hombre más guapo del que había tenido noticia, sino que era tierno, divertido y el mejor amigo del mundo. Lucharía, al menos, por conservar su amistad. De eso no tenía duda. Como, por desgracia, tampoco la tenía de que esa era la única relación posible entre ellos.

—Cuando te canses de devorarme con la mirada, puedes pasar directamente a devorarme otra cosa —bromeó él, introduciendo las manos bajo las sábanas, buscando el cuerpo de la mujer a la que tanto había soñado recuperar.

—Preston, tenemos que hablar.

—No. No, no, no, Lisa. No tenemos que hablar. Míranos, joder... Estamos tan bien juntos...

—No me lo hagas más difícil, por favor. —Lisa se mordió el labio inferior en un inútil intento de contener las lágrimas.

—¿Qué ocurre, pequeña? Por favor, dime de qué se trata, y lo solucionaremos juntos.

—Preston, eres un tío fenomenal y no te puedes ni imaginar lo feliz que me has hecho. Incluso cuando era infeliz, como estas semanas en Boston, tú estabas haciendo algo por mí. Mírame ahora. He dejado de esconderme. Hasta estoy un poco guapa.

—Para mí no has cambiado nada. —Preston vio a Lisa fruncir el ceño y se apresuró a aclararlo—. Sí, y no llevas aquellas gafas horribles ni los *brackets*, pero para mí ya eras preciosa antes de todo esto.

—Joder. Hablando de ponérmelo difícil... Tú me gustas mucho, Preston. Muchísimo.

—Lisa. Espera.

—¿Qué?

—Antes de que sigas, y como sé que no me va a gustar el final de esta conversación, hay algo que quiero decirte. Tú a mí no me gustas. No *solo* me gustas. Yo te quiero. Sé que tendría que habértelo dicho mucho antes y te juro que no lo digo ahora para que no me dejes. Es solo que, antes de tomar ninguna decisión, quiero que lo sepas. Que sepas que te quiero. Nunca le había dicho esto a ninguna chica. Bueno, es que nunca antes había querido a una chica. Te quiero. Eres la primera mujer a la que quiero en toda mi vida.

—Preston... —Lisa empezó a derramar lágrimas sin control—. Lo nuestro no puede ser. Tú tienes una carrera alucinante por delante. Creo que ni tú mismo eres consciente de a dónde puedes llegar. Por Dios, Preston, si con veintiséis años llegas al Congreso, es evidente que en algún momento puedes estar en la carrera para la presidencia.

—Sí. Lo he pensado. ¿Te asusta?

—Claro que me asusta. Pero no es ese el problema. Yo estaría dispuesta a ir al fin del mundo contigo.

—¿Entonces?

—Estaría dispuesta si tuviera un pasado limpio. Sabes igual que yo que cuanto más lejos llegues en tu carrera, más posibilidades hay de que ese vídeo salga a la luz. No quiero que un día te levantes con la cara de tu novia en todas las televisiones con un gorro de Papá Noel y una polla en la boca.

—Joder...

—Sabes que tengo razón, Preston.

—¿Podemos ser amigos, al menos?

—Claro. Sabes que siempre podrás contar conmigo. Y ni siquiera hace falta que lo digas. Yo sé que siempre estarás a mi lado si te necesito.

—Va a ser horrible vivir sin ti. —A Preston se le quebró la voz, consciente de cuánto había odiado oír la verdad de boca de Lisa. Él ni siquiera había pensado en ello, pero ella tenía razón. Y él jamás la haría pasar por ese miedo a que todo se hiciera público; mucho menos ahora que ella había conseguido retomar las riendas de su vida.

—Regalémonos el día de hoy.

Se despidieron, durante horas, entre lágrimas, abrazos, orgasmos, jadeos, *te quiero*s y besos. Cuando se hizo de noche, Lisa se marchó a casa de Emily. Preston debía salir a primera hora de la mañana del día siguiente hacia Albany, la capital del estado, para dar uno de los discursos más multitudinarios de la campaña, y ella aprovecharía su ausencia para recoger todas sus cosas antes de regresar a Boston.

Emily acompañó a Lisa en aquella mañana de dolor en que recogió de la casa que había compartido con Preston las escasas pertenencias y los múltiples recuerdos que había reunido en los meses anteriores. Después de comer, regresaron al piso de Travis y Emily y decidieron hacer un maratón televisivo de comedias románticas para llorar un poco por motivos ajenos al propio drama que vivía Lisa.

Eran casi las diez de la noche cuando Travis volvió a casa. Lisa sabía por Emily que su novio trabajaba jornadas maratónicas en el despacho de abogados. Se dejó caer en uno de los sillones del salón-comedor del apartamento tras rescatar una cerveza del frigorífico para él y otra para Lisa.

—¡Hey! ¿Y para mí no hay nada? —protestó Emily.

—Claro que sí. Pero ya te la tomas mientras nos haces la cena, ¿a que sí? —le respondió él, dándole una palmadita burlona en el trastero.

—¡Vaya morro que tienes tú!

—Lisa, ¿te importa que ponga el discurso de Preston? Lo emiten en diferido en el Canal Siete.

—Emmmm... No. No hay problema. —Lisa no se atrevió a contradecir a Travis, aunque, en realidad, se sentía muy poco preparada para ver a Preston, tan solo unas horas después de despedirse de él entre promesas de lo que podrían haber sido sus vidas si todo hubiera sido diferente.

El presentador del programa de actualidad política no tardó en dar paso al video del discurso de Preston en Albany. En un centro de convenciones lleno hasta la bandera, los emblemas del Partido Republicano colgaban del techo, y un Preston pletórico dominaba el escenario como si hubiera nacido para hacer precisamente aquello.

Lisa sonrió con orgullo y se alegró de que Travis hubiera decidido poner aquel programa. Con un traje de tres piezas azul petróleo, una camisa blanca impecable y una corbata gris azulado, el pelo cincelado con gomina y sus penetrantes ojos verdosos, Preston se dirigía al público con una soltura que Lisa no habría conseguido tener ni en el salón de su casa. Repetía las virtudes del programa de su partido, y cualquier persona con unos ideales menos firmes que los de Lisa habría caído irrefrenablemente con su voto sobre la urna republicana.

—¿Eliminar restricciones al uso de armas? Vomito —ironizó Lisa, intentando luchar contra el poder hipnótico de aquel hombre que un día había sido su novio. Un día que se le antojaba demasiado lejano.

—¡Aaaaay! Cómo sois las chicas demócratas del este... —bromeó Travis—. Hay que reconocer que Preston sabe camelarse a la gente. ¿Yo soy así de guapo, Em?

—Más —le contestó su novia desde la cocina, lanzándole un beso juguetón.

Lisa reprimió el pequeño amago de envidia que sentía, justo en el momento en que Travis subía el volumen del televisor y les pedía silencio.

«...y, por todo ello, les pido su voto para el Partido Republicano en el estado de Nueva York. Nuestros ideales son los que han hecho grande a esta nación, y nuestra obligación como ciudadanos es hacerla crecer aún más.

Durante los últimos —Preston consultó su reloj en un gesto algo teatral— *cuarenta y ocho minutos, les he hablado del programa del Partido Republicano y de lo que puede hacer por ustedes, los ciudadanos de Nueva York. Me he guardado para el final del discurso el anuncio que he venido a hacer. He tomado una decisión de la que, hasta este momento, solo estaban informados mi padre y mi jefe de campaña, así que pueden considerar que tienen ustedes la primicia. He decidido retirarme de la carrera a la candidatura al Congreso.* —Se escucharon fuertes murmullos entre la audiencia—. *Una ley no escrita que siempre ha regido la política de este país dice que no se puede gobernar la nación si no se sabe gobernar la vida personal de cada uno. En mi vida no hay escándalos, no más de los que puede haber en la de cualquier persona de mi edad. Me crié en una familia tradicional americana con un gran bagaje político. Mi abuelo fue gobernador de Arizona, y mi abuela fue siempre la perfecta esposa del gobernador. Mi tío Ed es el alcalde de Phoenix, y mi tía cría a nuestros primos a la sombra de ese cargo. Mis hermanos y yo nos hemos movido siempre en los círculos cercanos al Partido, sabiendo que alguno de nosotros acabaría dedicándose a la política, sin preguntarnos en ningún momento cómo afectaría eso a nuestra vida familiar. Cuando tienes diecisiete o dieciocho años, tu futura vida familiar no es algo que ocupe tus pensamientos.* —Sonrió, y la mayor parte del público imitó su gesto—. *Desde el primer momento de comenzar mi campaña electoral, sentí algunas dudas contra las que les puedo asegurar que luché con todas mis fuerzas. He necesitado solo las últimas cuarenta y ocho horas para darme cuenta del lugar exacto donde residían todas mis dudas. Este estado necesita a un representante completo, y yo no puedo serlo porque la mitad de mí está en una persona que no está a mi lado en este momento. Representar al estado de Nueva York sería un honor de dimensiones inimaginables para mí, pero no puedo engañar a nadie diciendo que es mi prioridad. Mi prioridad, ahora mismo, es recuperar a una persona a la que perdí por mi obsesión por seguir la tradición política familiar. Es posible que mañana los diarios publiquen que soy un irresponsable que deja la carrera política más prometedora del país por amor, pero a mí no se me ocurre ningún motivo mejor por el que dejarla. Y mi responsabilidad es precisamente la que me lleva a renunciar antes de que más personas depositen su confianza en mí. El candidato que designe el Partido para ocupar mi lugar tendrá todo mi apoyo y mi respaldo, y no me cabe duda de que será la persona adecuada para representar al estado en el Congreso de los Estados Unidos.*

Buenas tardes y muchas gracias por haber asistido a este acto».

Preston bajó del escenario entre los aplausos de la mitad del público y las caras de incredulidad de la otra mitad. Richard, su asesor de campaña, lo recibió con una media sonrisa entre decepcionada y divertida.

—Bueno, ya tienes lo que querías, Sullivan. Espero que esa chica merezca la pena.

—Que no te quepa duda, Richard. Gracias por entenderlo.

—No lo entiendo. Pero le debo los suficientes favores a la familia Sullivan como para toleraros estas salidas de tiesto. Si hay algo que pueda hacer por ti...

—Pues, a decir verdad, Richard... No hace mucho me dijeron que tú eras capaz de conseguir en menos de dos horas un avión privado, una puta de lujo o destruir la vida de alguien.

—Es posible. ¿Quieres una puta para ir descargado al encuentro de tu princesa?

—¡No! Joder, Richard, ¡por Dios!

—¿Entonces?

—Quiero las otras dos opciones.

—Te escucho.

—Quiero dos billetes de avión para dentro de... unas siete horas. Desde cualquiera de los aeropuertos de Nueva York. Para volar a Londres esta misma noche. ¿Es posible?

—Sin duda. Pero eso no es divertido. ¿A quién hay que destruir?

—Hay un tío en Boston. Su nombre es Troy Webster. Calculo que será unos tres o cuatro años menor que yo. No me preguntes más, no hay nada que debas saber. Tampoco quiero saber cómo lo haces, ni quiero que emplees la violencia, pero convierte su vida en un infierno, y la familia Sullivan considerará pagados todos los favores que puedas debernos.

—Hecho. Suerte, Preston. —Richard le estrechó la mano a modo de despedida—. Odiarás que te diga esto, pero podrías haber llegado a la Casa Blanca.

—Lo sé. —Preston sonrió con suficiencia—. Pero solo hay una casa a la que quiero llegar en este momento.

Cinco horas después, Lisa se giró hacia Travis con los ojos abiertos como platos. Emily sonreía y se enjugaba las lágrimas a su lado.

—¿Vosotros... vosotros sabíais... —balbuceó.

—Sí. Me llamó en cuanto acabó el discurso.

—Pero... pero...

—Nosotros nos vamos, Lis.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Tienes visita. —Travis se apresuró a abrir la puerta.

—Hola, Lisa. —La voz profunda de Preston Sullivan sonó a su espalda, en el momento exacto en que Travis y Emily salían del apartamento. Ni todo el cansancio que reflejaba su cara podía borrar el brillo ilusionado de sus ojos. Llevaba en la mano la americana de su traje, y de un bolsillo del pantalón sobresalía el extremo de su corbata.

Lisa corrió a abrazarlo, pero él no había olvidado todos sus recursos de seductor y, en un solo movimiento, hizo que sus labios chocaran. Los abrió poco a poco y cerró los ojos para encontrarse con la lengua de Lisa

—Pero qué has hecho... —susurró Lisa contra su boca.

—Tengo que decirte tres cosas.

—¿Tres cosas? —Lisa frunció el ceño, pero lo invitó a hablar.

—Sí. La primera es que me encantaba mi piso de Brooklyn.

—¿Disculpa?

—Sí. Me encantaba ese piso, y me encantaba vivir en Brooklyn. No tenía ninguna intención de mudarme hasta que me enteré de que tú buscabas compañero de piso. Me daba igual tu aspecto, me daba igual que fueras supuestamente lesbiana... ¡Joder! Solo quería pasar todo mi tiempo contigo.

—Mi vida... —Lisa le acarició la cara.

—La segunda cosa... —Preston no cejaría hasta terminar su segundo discurso del día, y Lisa le dejó hacer—. Ayer te dije que eras la primera mujer a la que había querido en mi vida.

—¿Y te has arrepentido? —bromeó ella.

—No. Pero omití información. —Preston la miró, sonrió y siguió hablando—. Olvidé decirte que también eres la última mujer a la que querré en mi vida. No quiero una vida sin ti, Lisa. Ya he probado cómo es y me niego a volver a pasar por ello. Iré a donde tú quieras trabajar, nos quedaremos en Nueva York o nos iremos a otro lugar, pero, si tú me quieres, Lisa, lo haremos juntos.

—¿Que si te quiero? ¡Claro que te quiero, Preston! Te quiero con locura —respondió ella entre lágrimas. Se abrazaron, se besaron y dejaron que sus cuerpos se fundieran hasta hacer desaparecer la añoranza en que habían vivido las últimas semanas.

—Hay algo más.

—¿La tercera cosa?

—Sí. Tengo un taxi abajo que, por cierto, me va a costar una pasta. ¿Has recogido todas tus cosas del piso?

—Sí... —titubeó Lisa—. Tengo las maletas en el dormitorio.

—Perfecto. Hay un avión en el JFK esperándonos.

—¿Me mandas a Boston tan pronto? —preguntó Lisa, confusa.

—¿A Boston? ¡No! Claro que no. —Preston se carcajeó—. Nos vamos a Londres. Dejemos que estalle la tormenta de mi retirada con nosotros lejos. Volveremos para la despedida de solteros de Parker y Amy. Son más de dos semanas, creo que te dará tiempo de buscar al señor Darcy.

—¡Preston! ¡Has perdido la cabeza!

—Ya. ¿Te crees que no lo sé? Perdí la cabeza en el mismo momento en que me llamaste Peter por primera vez. —Preston sonrió.

—Siempre supe que te llamabas Preston.

—Lo sospechaba, *Laura*. ¿Vendrás conmigo a Londres?

—Sí. Y al fin del mundo, si me lo pidieras.

FIN

Abril Camino

Abril Camino nació en A Coruña en 1980. Su pasión por la literatura la llevó a licenciarse en Filología Hispánica e Inglesa, pero no fue suficiente para saciar su ansia por vivir historias ajenas. Devorar libros de forma incansable se convirtió en la mejor opción, pero un día descubrió que crear ella misma a los personajes y las tramas era aún más divertido. Desde entonces, vive pegada a las teclas de su portátil, dando forma a historias que, en muchas ocasiones, toman vida propia y le dan forma a ella.

En la primavera de 2015, publicó su primera novela *Pecado, penitencia y expiación*, una historia de amor y superación que se ha convertido en un éxito de ventas y crítica. *Parker y Amy: el pasado presente* fue su primera incursión tanto en el formato del relato como en el subgénero *new adult*. Con *Travis y Emily: el pasado imperfecto*, continuó la serie de los Hermanos Sullivan y sus aventuras en Nueva York, que alcanza su tercer volumen con *Preston y Lisa: el futuro presente*.

www.abrilcamino.com

Facebook: [abrilcamino.oficial](https://www.facebook.com/abrilcamino.oficial)

Twitter: [@abrilcamino](https://twitter.com/abrilcamino)

Serie de los Hermanos Sullivan

ABRIL CAMINO

Parker y Amy:
El pasado presente



ABRIL CAMINO

Travis y Emily:
El pasado imperfecto



ABRIL CAMINO

Preston y Lisa:
el futuro presente



04

Descúbrelo
el 12 de febrero

[1] La Universidad de Columbia y la Universidad de Nueva York son las dos principales instituciones académicas de la ciudad. Mientras que el campus de Columbia se sitúa en Morningside Heights, al noroeste de Manhattan, el de la Universidad de Nueva York se ubica en el entorno de Washington Square, al sur de la isla.

[2] Los *rooftops* son locales de ocio, muy habituales en Nueva York, ubicados en las azoteas de edificios.

[3] Grand Central Terminal es la principal estación de ferrocarril de la ciudad de Nueva York y una de las mayores del mundo en tamaño. Se encuentra situada entre la calle 42 y Park Avenue.